SEGUNDA PARTE

DE LA MORAL DE SÉNECA

EXTRAIDA DE SUS OBRAS,

Y TRADUCIDA DEL FRANCES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO OCTAVO.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de AZNAR.

AÑO M.DCCC.III.

Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

MORAL DE SÉNECA.

I.

La moral aprovecha mas quando se insinúa en el alma por pensamientos sueltos: aquellos discursos de aparato pronunciados en presencia de un pueblo numeroso, hacen mas ruido, que efecto. La filosofía es el consejo del hombre; y los consejos no se dan á gritos.

II.

Los compendios son mas necesarios para los que empiezan, porque instruyen; y los suma-

rios mas cómodos para los sabios, porque llaman las especies.

III.

El reconocimiento que tenemos á nuestros preceptores, lo debemos á aquellos instituidores del género humano, que nos han abierto el camino de la felicidad. ¡Qué herencia han dexado á los hombres! Quiero tomar posesion de ella: para mi ha sido lo que adquirieron, y para mí trabajaron. Pero obremos como buenos padres de familia; aumentemos nuestro patrimonio, y no lo transmitamos sin usuras á nuestros nietos. Mucho falta todavía, y faltará que hacer: en mil siglos faltará todavía alguna piedra al edificio. Pero aun quando

los antiguos lo hubieran descubierto todo, la aplicacion, el conocimiento y la colocacion de estos mismos descubrimientos, serian siempre objetos nuevos.

IV.

De una cabaña puede salir un héroe; y el alma mas bella, de un cuerpo diforme y estropeado. Me parece que la naturaleza ha producido expresamente algunos hombres para probar que la virtud nace en todas partes.

V.

La vida mas larga no es siempre la mejor; y la muerte mas lejana, es siempre la mas desagradable.

VI.

El que consiente vivir quando está previendo que dentro de tres ó quatro dias tendrá su enemigo el poder de quitarle la vida, trabaja verdaderamente para otro.

VII.

La memoria, así como los libros que han estado mucho tiempo envueltos en el polvo, exîge que la desarrollen de tiempo en tiempo; es preciso, por decirlo así, sacudir todas sus hojas, á fin de tenerlas prontas quando se necesiten.

VIII.

Qualquiera que piensa en recibir, olvida que ha recibido.

El mayor mal de la codicia, es la ingratitud. Añádase á esto, que de todos los hombres que hacen papel en el estado, no hay uno que no mire mas bien á los que se le han adelantado, que á los que dexa atrás: les es menos desagradable el ver una tropa que los sigue, que les es importuno el ver que alguno los precede. El vicio de todo ambicioso, es no mirar atrás: la ambicion no es la sola pasion sin límites; todas son lo mismo, porque todas comienzan por el fin.

IX.

Se engañan los que piensan que los filósofos de buena fé sean unos hombres descontentos, sediciosos, despreciadores de las

leyes, de los magistrados, y de todos aquellos que presiden la pública administracion. Por el contrario, nadie es mas reconocido que ellos á las personas de dignidad; y con tanta mas razon, como que no hay ciudadanos por los quales, los que tienen las riendas del gobierno, trabajen mas que por los filósofos, á quienes hacen gozar de las dulzuras del reposo. Hombres á los quales la seguridad pública procura un facil acceso hácia la sabiduría que ellos buscan, se forman una obligacion de honrar como á un padre, al autor de un bien tan grande, y le aman mas sincéramente, que aquellos cortesanos inquietos, puestos en medio del tumulto, que todo lo deben á los Príncipes, y aun los creen

deudores, y á los que jamás pueden satisfacer la codicia por mas y mas que extiendan las liberalidades, porque aquella va creciendo á medida que se la satisface.

El sabio piensa, pues, en aquel á quien debe el usufruto de aquellos bienes que le dispensan de guardar los muros, de los tributos de la guerra, y de todas las demás cargas que impone la obligacion de ciudadano; piensa en todas estas obligaciones, y dá gracias al Piloto que lo conduce. Sobre todo, la filosofía es la que enseña á agradecer un beneficio, y á conocerlo; y alguna vez es pagarlo, el confesarlo. El sabio confesará, pues, que debe mucho al hombre vigilante, cuyos desvelos y

prevision le aseguran un reposo favorable á las producciones de su ingenio, el goce libre de su tiempo, y una calma, á la qual no perturban las ocupaciones públicas.

X.

La paz que procura el Soberano, aunque es un bien comun á todos los vasallos, hace una impresion mas profunda en los que hacen mejor uso de ella.

XI.

La loca ambicion de los hombres es la que, distinguiendo las posesiones y las propiedades, hace que nadie mire como perteneciente á él lo que pertenece al público. El sabio, al con-

trario, nada encuentra que sea mas propiamente suyo, que lo que parte con el género humano. Bienes que no serian comunes, si cada particular no tuviera una parte en ellos: la comunidad establece siempre una partija, por cortas que sean las porciones de los indivíduos; pero los bienes individuales, como la paz y la libertad, no pueden partirse; los particulares gozan de la totalidad, como el público.

XII.

Los hombres mas inmediatos al parage donde el rayo cae, quedan inmóbiles, como si hubieran sido heridos de él. Lo mismo sucede en los acaecimientos y catástrofes violentas; la des-

gracia destruye á uno solo, y el miedo, á los otros.

XIII.

No hay otros verdaderos bienes, que aquellos que nos procura la razon, porque no pueden, siendo sólidos y durables, ni perecer, ni disminuirse: los otros bienes lo son solo en la opinion; nada tienen de comun con los verdaderos, sino el nombre, porque su especie difiere absolutamente de la de éstas. Llamemosles, pues, comodidades; pero sepamos que son accesorios, y no partes de nosotros mismos: que sean vuestros, pero sin olvidarnos de que están fuera de nosotros.

XIV.

Pocas gentes hay que se hayan separado amigablemente de la fortuna: estas caen quasi todas al mismo tiempo que los objetos, sobre los quales se habian elevado: su pedestal viene á ser su tumba. Es necesario unir en esto la prudencia, para dirigir su uso, y para moderar su abuso.

XV.

Todas las acciones de la vida entera se modifican con la consideracion de la honradéz, ó de la vergüenza que resulta de ellas; y sobre esta regla está fundada la distincion de lo que es preciso hacer, ú omitir.

XVI.

Con la filosofía no sucede lo que con otras ciencias, que basta el confiarlas á la memoria: es preciso practicarla. El hombre dichoso no es el que sabe, sino el que hace bien.

XVII.

Aunque despues de la muerte, fuera ya el alma de la humana esfera, no recoge fruto alguno de su accion en esta vida; no obstante, antes de hacerla, la contemplacion de las conseqüencias que tendrá, es un expectáculo delicioso. Quando el hombre valeroso y justo se representa que los frutos de su muerte serán la libertad de su patria,

la conservacion de todos aquellos á quienes hace el sacrificio de su vida, goza del mas puro deleyte.

XVIII.

El origen de nuestros errores y de nuestras ilusiones es, que jamás juzgamos al hombre como él es en sí mismo: siempre le agregamos los adornos con que está condecorado. Quando quieras conocer la medida justa, y las verdaderas proporciones de un hombre, mírale desnudo: que se despóje de su patrimonio, de sus dignidades, y de todas las ilusiones de las fortuna: que se despóje de su mismo cuerpo; y entonces considérese su alma sola, de la qual han de tomarse las dimensiones, á fin de distin-

guir la propria grandeza, de la que es prestada.

XIX.

Habiendo sido hecho prisionero un jóven Lacedemonio en una tierna edad, gritaba en su lengua dórica: "No, yo no se-
"ré esclavo." Cumplió su palabra, porque la primera vez que quisieron exîgir de él una accion servil y baxa, se estrelló los sesos contra una pared. ¿Como se encuentran hombres que consientan en ser esclavos, teniendo la libertad en la mano?

XX.

Pasando Cesar un dia por la via latina, se le acercó un soldado de su guardia, el qual, besándole la barba blanca que le

caía sobre el pecho, le pidió la muerte. ¿Pues qué vives tú? le dixo el Príncipe.

La misma respuesta habia de darse á todos esos hombres inútiles, á quienes la muerte sería un consuelo. ¡Tú temes el morir! ¿Pues qué vives tú?

XXI.

La vida sería penosa en una contínua floxedad, si fuera necesario renunciar todo aquello que puede no tener efecto.

XXII.

Los sentimientos del bienhechor deben arreglar los del deudor: no ha de pesarse el beneficio, sino la intencion.

XXIII.

Es un error de los ingratos, el creer que el usufruto de un beneficio debe ser gratuito, mientras que ellos pagan á sus acrehedores intereses, sin perjuicio del capital. Los beneficios tienen tambien sus intereses; siempre hay mas que pagar quando se paga mas tarde. Hay cierta ingratitud en volver un beneficio sin sus rentas atrasadas.

XXIV.

Nada hay mas comun, que el hallar gentes que miran como imposible todo lo que no pueden hacer; que nos acusan de que damos preceptos demasiado duros; que tenemos un lenguage cansado, y nada propio pa-

ra el género humano. ¡Quánta mejor idea tengo yo de ellas! Todo lo que nosotros decimos, pueden ellas hacerlo; pero no quieren. Que me citen un hombre, cuyas tentativas hayan sido infructuosas, y que no haya encontrado nuestros preceptos mas faciles en la práctica.

El no atrevernos á experimentarlos, no consiste en que ellos sean dificiles, sino que se hacen dificiles porque no los experimentamos. Nosotros defendemos nuestros vicios, porque les somos afectos; y mas bien queremos disculparlos, que arrojarlos. La naturaleza da al hombre fuerzas bastantes, si quisiera valerse de ellas, para reunirlas y servirse de ellas en su defensa, ó á lo menos, para no abusar y

perderse. El defecto de voluntad, es la verdadera razon ; y el defecto de poder , es el pretexto.

XXV.

La justicia no es toda para provecho de los otros , como lo creen ordinariamente : la mayor parte de las ventajas que procura , refluye sobre ella. Lo mismo sucede con la beneficencia , porque haciendo bien á los otros, se lo hace uno á sí mismo.

XXVI.

Solo la parte mas débil y mas ligera de la maldad , es la que resalta en los otros : lo peor que ella tiene , y por decirlo así, lo mas espeso , queda en el fondo del alma del malo , y sirve para ahogarlo.

XXVII.

La lectura es el alimento del espíritu : ella le hace descansar de las fatigas del estúdio, aunque ella misma es un estúdio. No hay que ceñirse unicamente á escribir ó leer : la una de estas ocupaciones entristece y consume ; hablo de la composicion; y la otra afloxa y relaxa el espíritu. Es menester hacer lo uno y lo otro alternativamente : mutuamente deben servirse de correctivo : lo que la lectura ha recogido, la composicion debe compilarlo.

XXVIII.

Subsistió una union inviolable entre los hombres, hasta el

tiempo en que la avaricia llegó á romper los vínculos de la sociedad, y se hizo un manantial de pobreza para aquellos mismos á quienes habia enriquecido. No hubo posesion segura sino quando las posesiones eran comunes; y todo se dexó de poseer, quando se empezó á aspirar á la propiedad.

XXIX.

La virtud no es un presente de la naturaleza: es un arte el hacerse virtuoso. Los primeros hombres no lo eran sino por la ignorancia del mal. Pero hay una gran diferencia entre no querer el mal, y no saberlo hacer.

XXX.

Meceno dixo muy bien: "Yo

„ no curo de mi tumba; la na-
„ turaleza tiene cuidado de se-
„ pultar los cadáveres olvidados."
Se creerá que esta máxîma es de un estoico.

XXXI.

¿Quál es el hombre que pueda creerse inocente, con respecto á todas las leyes? y quando así fuera, ¡quán limitada no es una virtud que se reduce á la observancia de la ley! ¡Quanto mas estendida no es la esfera de los deberes, que la del derecho! ¡Quantas cosas el afecto natural, la humanidad, la liberalidad, la justicia y la buena fé no exîgen, de las quales no hacen mencion alguna las tablas de la ley!

XXXII.

El hábito inspira á lo largo el amor del vicio, así como el de la virtud.

XXXIII.

El encono de la mayor parte de los hombres, no es contra los defectos, sino contra los que los cometen.

XXXIV.

¡Quantas gentes mienten para engañar! ¡y quantas otras porque han sido engañadas!

XXXV.

Si dice que es hombre de bien el que te ha hecho una injuria, no lo creas, porque es un malvado; no te espantes de

esto. Otro le castigará por tí, y aun él mismo se ha castigado ya con el mal que ha hecho.

XXXVI.

No resulta la misma gloria de pagar las injurias con injurias, que de pagar los beneficios con beneficios: al contrario, es tan vergonzoso excederse en el primer caso, como lo es el quedarse atrás en el segundo. La venganza es contraria á la humanidad, aunque conforme en la apariencia á la justicia, y solo se diferencia del ultrage en el orden del tiempo: el que se venga, no consigue otra ventaja que la de hacer mal de un modo mas excusable.

XXXVII.

Todos los hombres tienen en el fondo las mismas ideas que los Reyes, porque quieren poderlo todo contra los otros, y que nada se pueda contra ellos.

XXXVIII.

El mayor vicio de los hombres, á quienes una gran fortuna ha hecho insolentes, es el unir el aborrecimiento á la ofensa.

XXXIX.

Bien conocido es el dicho de aquel cortesano que habia envejecido en el servicio de los Reyes: preguntaronle, cómo viviendo en la Corte habia llegado, contra lo comun, á una edad tan abanzada: " Ha sido,

„dixo, recibiendo ultrages, y „dando gracias por ellos (1)."

XL.

Insensiblemente se contraen los defectos de los que se freqüentan; y los afectos del alma, así como ciertas enfermedades del cuerpo, se pegan por contagio.

XLI.

El poder no puede ser durable, quando solo se exerce para desgracia de los pueblos: lle-

(1) Este dicho es muy conforme al que cuentan del Duque de Orleans, Regente de Francia, que decia, que un perfecto cortesano debia ser un hombre sin honor, ni mal humor.

ga un momento en que aquellos que gemian apartados, se reunen por un temor comun; y así la mayor parte de aquellos tiranos fueron degollados, los unos por particulares, y los ôtros por la nacion en cuerpo, la qual reunía el resentimiento general.

XLII.

Calígula es el único monstruo que haya imaginado el cerrar á los ajusticiados la boca con una esponja, para quitarles la facultad de proferir una sola palabra. ¡Se habia jamás privado á un moribundo del poder de quejarse! Él temia que en aquellos últimos momentos se explicáse el dolor con demasiada libertad. ¡Tirano feróz! permite á lo menos á tus víctimas que

entreguen el último suspiro: dexa una salida á sus almas, y salgan ellas por otra via que la de las heridas.

XLIII.

¡Qué cosa hay mas inaudita, que un suplicio nocturno! Los asesinatos son los que se envuelven en las tinieblas; pero los castigos son tanto mas útiles para escarmiento y reforma de las costumbres, quanto son mas notorios.

XLIV.

Dos centinelas que estaban de faccion á la entrada de la tienda de Antígono, hacian lo que hacen con mas gusto; pero tambien con mas riesgo, luego que están descontentos del Rey. An-

tígono lo habia oído todo, porque solo estaba separado de ellos por un tapíz, el qual levantó, y les dixo con dulzura: "Apartaos „ un poco, no sea que el Rey „ os oyga."

Oyendo el mismo Príncipe una noche á algunos de sus soldados decir mil imprecaciones contra el Rey, que les hacía marchar por un camino lleno de fango, de donde no podian salir, se llegó á los que estaban mas empantanados, y los ayudó á desembarazarse del lodo, sin que supieran á quién habian debido semejante obligacion. "Ahora, les „ dixo, maldecid quanto querrais „ á Antígono, por haberos „ conducido á un lodazál; pero „ ser agradecidos al que os ha „ sacado de él." Imitemos estos

exemplos de dulzura y de moderacion, dados por unos hombres, á quienes no faltaba razon para enfadarse, ni poder para vengarse.

XLV.

Los dichos atrevidos son los que circulan mas prontamente, y se repiten mas.

XLVI.

Si hasta los mas sabios cometen faltas, ¿quál es el hombre cuyos errores no sean excusables? Seamos, pues, mas tolerantes los unos con los otros; porque no hay nada mas injusto, que hacer responsable de los vicios á los indivíduos de la misma especie. Malos nosotros mismos, sepamos vivir con los ma-

los. Una sola cosa puede darnos la tranquilidad, y es un tratado de mutua indulgencia.

XLVII.

No hay felicidad para aquel que atormenta su idea con una felicidad mayor. Considera mas bien la multitud que te sigue, que el pequeño número que te precede.

XLVIII.

Quando alguno se nos adelanta, no pensamos en la multitud de desdichados que vienen arrastrando detrás de nosotros, envidiando nuestra fortuna. Tal es la injusticia de los hombres, que aunque deudores de mucho, miran como una injuria el haber podido recibir mas.

XLIX.

El dinero es quien sobrecarga la barra, con un montón de litigantes; el que hace abrir los ojos al aváro; el que enreda á los padres con los hijos; el que ocasiona los venenos, y el que arma de la espada á los asesinos y á los legionarios: el dinero es el que vemos mas freqüentemente rociado con nuestra sangre; por él las noches entre maridos y mugeres son turbulentas, á causa de crueles disensiones; y por él, todos andan apresurados al rededor de los Tribunales. Si los Reyes se hacen bandidos sanguinarios, y si trastornan los pueblos elevados por el trabajo de un gran número de siglos, es

por buscar el oro y la plata en las cenizas calientes de las Ciudades.

L.

El Pitagórico Sextio, al fin del dia, retirado á su alcova, hacía sufrir á su alma este interrogatorio: "¿De qué defecto te „ has curado hoy? ¿Qué pasion „ has combatido? ¿En qué cosa „ vales mas?" ¿Hay cosa mas loable, que el repasar así el dia? ¡Qué sueño el que sucede á este exâmen! Yo exerzo igualmente sobre mí esta funcion de Magistrado, y pleytéo todos los dias en mi propio Tribunal. Quando retiran la luz, y quando mi muger, instruida de mi costumbre, calla, hago la revista de aquel dia; repáso todas

mis palabras y todas mis acciones; nada me oculto, nada me perdono. ¡Eh! porqué he de temer el confesarme mis faltas, quando puedo decirme: "Cuidado
„ con volver á empezar, yo te
„ lo paso por esta vez. Tú has
„ manifestado demasiada terque-
„ dad en esta disputa. No te
„ midas de hoy en adelante con
„ los ignorantes. No se quiere
„ aprender, quando no se ha
„ aprendido jamás. Tú has re-
„ plicado á tal hombre con mas
„ libertad que debias; tú lo has
„ exâsperado en vez de corre-
„ girlo: piensa en lo succesivo,
„ menos en si lo que dices es
„ cierto, que en ver si aquel á
„ quien hablas es capaz de apro-
„ vecharse de una leccion útil:
„ la verdad no se debe decir si-

„ no á aquellos que quieren es-
„ cucharla."

L I.

Estemos en paz con nosotros mismos, sin hacer caudal de la opinion: consintamos en que sea mala, siempre que merezcamos una buena.

L I I.

El exceso de la dicha hace al hombre codicioso; jamás nuestros deseos están tan arreglados, que cesen en el momento de gozarlos; los votos van siempre adelante, y la adquisicion de un bien inesperado, solo produce las mas locas esperanzas.

L I I I.

El afecto de los vasallos es

la guardia nocturna que defiende el sueño de un Príncipe; sus personas forman un terraplen al rededor de la suya, y un muro siempre elevado entre su persona y el peligro.

LIV.

La crueldad en los particulares hace poco daño; en los Príncipes no se diferencia de la guerra.

LV.

Qué cosa hay mas loable que un Príncipe, que poniendo freno á su cólera, se dice á sí mismo: ¡No hay nadie que no pueda matar contra la ley; yo soy el solo que puede salvar á pesar de ella!

LVI.

La vida puede quitarse al superior; pero no puede darse sino al inferior.

LVII.

Jamás tenemos mas dificultad para acordar un perdon, que quando nos hemos visto freqüentemente en el caso de solicitarlo.

LVIII.

En el hombre que lo puede todo, se mira menos lo que ha hecho, que lo que habria podido hacer.

LIX.

Demasiadas gentes hay que se encargan de la cólera del Prín-

cipe, y que le hacen la corte con la sangre de otro.

LX.

El tirano no mira sin sobresalto los brazos mismos, á los quales se ha confiado: su precaucion es para él un terror mas. Quiere ser temido porque le aborrecen; y no sabe que el ódio llevado al extremo, se convierte en furor. Un temor moderado detiene el valor; pero quando es contínuo, vivo, y acompañado del quadro de los suplicios, releva las almas abatidas, y las lleva á intentar todo recurso. Es menester que el temor dexe alguna seguridad, y haga divisar mas esperanzas, que peligros, sin lo qual, si en ello hay el mismo riesgo estando tran-

quílos, entonces se quiere mas bien arrostrarlo, y conspirar contra la vida del tirano.

LXI.

Un Príncipe, cuya acogida es afable, y de facil acceso, cuyo exterior hace por ganar al pueblo, y anuncia la beneficencia, que defiere á las súplicas equitativas, y se niega á las pretensiones iniquas: un Príncipe semejante, es amado, defendido, y respetado de toda la república. Se habla de él en las conversaciones particulares, en el mismo tono que en las asambleas públicas. Báxo su imperio se desean hijos; la esterilidad, compañera de los males públicos, desaparece: cada uno cree esperar mu-

cho de sus hijos, naciendo en un siglo tan dichoso. Un Príncipe semejante, está custodiado por sus beneficios, sin necesidad de satélites; y las armas le sirven solo de adorno.

LXII.

Los títulos de grande, felíz, augusto, padre de la patria, &c. todos los sobrenombres, en fin, que prodiga la lisonja tan baxamente á los Soberanos, no son otra cosa sino títulos honoríficos.

LXIII.

El que condena prontamente, está bien cerca de condenar con gusto: el exceso de severidad, se parece mucho á la injusticia.

LXIV.

El testimonio de la conciencia basta á los particulares contra las interpretaciones de la malignidad; pero los Príncipes deben miramientos á la fama.

LXV.

No es posible dexar de temer, á proporcion de lo que nos hacemos temer. No se crea que en ello haya seguridad para un Rey, que á nadie se la dexa. La sola fortaleza inexpugnable, es el amor de los pueblos.

LXVI.

La vida se ha perdido, desde que nos hallamos obligados á recibirla.

LXVII.

Las faltas que se castigan freqüentemente, se cometen con freqüencia. La multitud de culpables, acostumbra á serlo; la mancha es menos sensible quanto mas comun: la severidad misma pierde su principal ventaja; su continuacion la hace menos séria y menos respetable.

LXVIII.

Un Príncipe consigue mejor restablecer las costumbres, y reprimir los vicios con la paciencia, haciendo parecer que no aprueba los desórdenes, y que, á pesar suyo, se inclina á castigarlos. La clemencia del Soberano hace mas vergonzosas las faltas; y el castigo parece mu-

cho mas grave, quando es impuesto por un juez inclinado á la dulzura.

LXIX.

Comunnmente se alaba la compasion, como una virtud; y se dá el título de bueno á un hombre compasivo. La compasion es, sin embargo, un defecto real: es vicio de un alma debil, á la qual abate la desgracia agena; y véase aquí la razon porqué se halla muy comunmente hasta en los hombres mas viciosos. La crueldad y la compasion están sobre los límites, la una de la severidad, y la otra de la clemencia. Debemos guardarnos así de la una, como de la otra, por miedo de dar en la crueldad, báxo la apariencia de severidad; y

en la compasion, con pretexto de clemencia. En el segundo caso es menor el riesgo; pero el extravío es el mismo en apartandose de la verdad.

LXX.

El gran número de suplicios deshonra tanto á un Príncipe, como el de funerales á un Médico.

LXXI.

Las órdenes mas dulces son las que mas prontamente se executan: el espíritu humano es naturalmente indócil; la defensa es para él un aguijón: quiere mas bien seguir, que ser arrastrado por fuerza; y se manifiesta tanto mas ligero, quanto se le lleva con mas dulzura.

LXXII.

Las lágrimas de los mayores criminales hacen una impresion tan fuerte en las viejas y en las mugercillas, que si se atrevieran, irian á echar abaxo las puertas de sus prisiones. La compasion considera, no la causa, sino el estado del que sufre, en vez de que la clemencia se guia por la razon.

LXXIII.

El hábito se hace naturaleza; y á lo largo se hace con gusto, lo que desde luego se hacia por necesidad.

LXXIV.

Mayor riesgo hay en ser te-

mido, que despreciado. Todo lo que espanta, debe temer.

LXXV.

En los estudios no nos debemos ocupar, sino de las cosas; no hablar, sino por ellas, y subordinarlas las expresiones que deben, sin arte, seguir el pensamiento por donde quiera que las lleve.

LXXVI.

Hay hombres á quienes la pereza, mas bien que la razon, preserva de la inconstancia; ellos viven, no como quieren, sino como comenzaron.

LXXVII.

Nosotros nos perdemos tan-

to por nuestras propias lisonjas, quanto por las agenas.

LXXVIII.

El reposo y las ocupaciones del retiro son incompatibles con el gusto de los negocios públicos, con la necesidad de obrar, y la inquietud natural, que es su conseqüencia. Poco consuelo encuentra uno en sí mismo, privado de los placeres momentaneos que la misma ocupacion procura á las gentes de negocios; no nos acomodamos con nuestra casa, con nuestra soledad, con nuestra prision: de aquí procede aquella displicencia, aquel disgusto de sí mismo, aquella rotacion contínua de un espíritu que no puede fixarse; en fin, el dolor y la amargura de un

retiro involuntario. El colmo de la desgracia es, que no nos atrevemos á confesar nuestro mal, porque la vergüenza sepulta las quejas en lo interior del alma.

LXXIX.

La ociosidad engendrada de la desgracia, alimenta continuamente la envidia; se desea la caída de los otros, porque uno mismo no ha podido elevarse.

LXXX.

No somos solamente útiles á la patria, defendiendo á los acusados, y opinando por la paz ó por la guerra. El hombre que instruye á la juventud, que la inspira el amor de la justicia, la

paciencia, el valor, el desprecio de la muerte; que en la necesidad en que vivimos de preceptos saludables, forma las almas para la virtud; que en cogiendo y parando en su carrera á los aváros y libertinos, retarda á lo menos su caída por algun tiempo; un hombre semejante, hasta en una condicion privada, trabaja en beneficio del público.

LXXXI.

En medio de las facciones y de las cabalas de la ambicion, entre aquella tropa de calumniadores que emponzoñan las mas honestas acciones, corre mucho riesgo la rectitud; porque encuentra mas obstáculos, que medios para acertar.

LXXXII.

El tiempo es un bien, del qual somos, ó aprovechados ó pródigos: los primeros se hallan en estado de dar cuenta de su empléo, y á los segundos no les queda con que justificar su pérdida; y así nada encuentro tan vergonzoso, como un viejo que no tiene otras pruebas de haber vivido largo tiempo, sino su edad.

LXXXIII.

Es preciso hacer reflexîon sobre las empresas que intentamos, y comparar nuestras fuerzas con nuestros proyectos: el poder debe ser siempre mas fuerte que la resistencia.

LXXXIV.

Nada hay mas delicioso que una amistad dulce y fiel. ¡Qué fortuna es la de hallar un hombre, en cuyo seno podamos depositar seguramente todos nuestros secretos, y con cuya discrecion contemos aun mas que con la nuestra! ¡Un hombre, cuya conversacion alivia nuestras inquietudes, cuyos avisos nos deciden á abrazar el partido mas sabio, cuya alegría disipa nuestra tristeza; y en fin, cuya sola vista nos alegra!

LXXXV.

La verdadera medida de la riqueza, es no estar muy cerca ni muy lejos de la pobreza.

LXXXVI.

Sin economía no hay riquezas bastante grandes; y con ella no las hay demasiado pequeñas.

LXXXVII.

Todos los estados son otras tantas esclavitudes. Es preciso acostumbrarse á su suerte, quejarse de ella lo menos que sea posible, y aprovecharse de todas las ventajas que puedan acompañarla. No hay condicion tan dura, donde la razon no halle algun consuelo.

LXXXVIII.

La inconstancia es entre los vicios el mayor enemigo del reposo.

LXXXIX.

Son dos excesos igualmente contrarios á la felicidad, la imposibilidad de mudar, y la de fixarse.

XC.

Es menester acostumbrarnos á no mirar como negros, sino como ridículos, los vicios de la multitud: mas vale imitar á Demócrito, que no á Heráclito.

XCI.

No veamos sino la mitad de los vicios, y soportémosles con indulgencia. Mas humanidad hay en burlarse de los hombres, que en gemir por ellos. Añádase, que les es mas util: el que rie dexa á lo menos alguna esperanza,

porque no ve en todo este aparato de la vida humana, nada importante, nada grande, y nada que sea serio. Sin embargo, mas vale ver sin emocion las costumbres públicas y los vicios de los hombres, sin reír ni llorar. Chasco se lleva uno en atormentarse por los males de los otros; y hay humanidad en divertirse con ellos.

XCII.

La mayor parte de los hombres vierte lágrimas para manifestarlas: ellos tienen los ojos enxutos quando no hay testigos, y se creerían deshonrados de no llorar, quando todo el mundo llora. La mala costumbre de arreglarse á la opinion está de tal modo arraygada, que se contra-

hacen hasta los sentimientos mas naturales, quiero decir, el del dolor.

XCIII.

Pensemos en no imitar los rebaños que siempre siguen la fila, y en no caminar hácia lo que mas presto vemos, sino á donde debemos ir. La raiz de nuestros mayores males es, que nos arreglamos á las voces públicas: no miramos como digno de nuestra estimacion, sino aquello que tiene la pública estimacion, y lo que está autorizado con un gran número de exemplares; y así no vivimos con arréglo á los principios de la razon, sino imitando á los otros; de lo que resulta, el que caemos los unos sobre los otros.

XCIV.

Jamás uno solo se extravía, pero es el autor y la causa de los extravíos de otro.

XCV.

Jamás dexa de traernos utilidad el seguir la multitud. Mejor queremos creer, que juzgar, porque á veces vivimos sobre la fé de las palabras, en lugar de consultar la razon: nosotros somos los juguetes y las víctimas de los errores trasmitidos de boca en boca; y los exemplos agenos nos pierden. Para curarnos de esta dolencia, es menester huir el tropél. El género humano no es tan dichoso, que el partido mas sábio sea el del ma-

yor número: la muchedumbre anuncia siempre el error.

XCVI.

La crueldad nace siempre de la debilidad.

XCVII.

Solo en el camino de la verdad somos dichosos: la felicidad debe, pues, tener por base un juicio recto, seguro é inmutable.

XCVIII.

La continuacion de la desgracia procura á lo menos una ventaja, y es, que á fuerza de atormentar, acaba por endurecer.

XCIX.

Una buena madrastra, cuesta siempre bien caro.

C.

Jamás me he fiado de la fortuna, aunque me haya parecido que me dexaba descansar. Todas las ventajas que su favor me concedía, sus riquezas, sus honores y su gloria, los he colocado de manera, que ella pudiese volver á tomarlos sin turbarme: siempre he dexado entre ellos y yo un grande interválo; y así la fortuna me los ha robado, sin arrancarmelos. La mala fortuna no nos agobia, sino quando la buena nos ha engañado.

C I.

No somos despreciados de los otros, sino luego que empezamos á despreciarnos á nosotros mismos.

CII.

Nada basta á la codicia; poca cosa basta á la naturaleza: todo lo que ha hecho necesario al hombre, lo ha hecho facil de hallar. Tan poco se necesita para cubrir el cuerpo, como para alimentarlo. Todo deséo ulterior es el grito del vicio, y no de la necesidad.

CIII.

La castidad es el mas bello adorno de las mugeres: ella es la sola hermosura que resiste á las injurias de los años.

CIV.

Todas las veces que un dolor inmoderado se apodere de tí, y te dé la ley, piensa en tu

padre, y conocerás que es mas justo el conservarte para él, que el sacrificarte al objeto de tus llantos, y de tus pesadumbres. El cuidado de hacerle terminar dulcemente su carrera, es una obligacion que te queda que cumplir. En tanto que vive, sería un delito tuyo el quejarte de haber vivido demasiado.

CV.

Todos los poétas han cantado á la que se ha ofrecido á la muerte en lugar de su marido: mas hermoso es ofrecerse á ella para procurarle la sepultura. El amor es mas grande quando con los mismos peligros rescata un menor bien.

CVI.

El Príncipe de la Medicina dice, que la vida es corta, y el arte bien largo. Nuestra vida no es corta, nosotros somos los que la abreviamos: no tenemos poco tiempo, sino que le perdemos demasiado. Puede, pues, mirarse como un oráculo este dicho de un grande poéta: "Nosotros no vivimos sino una muy corta parte de nuestra vida." Todo el resto de nuestra exîstencia no es vida, sino tiempo. Muy atentos á conservar nuestro patrimonio, somos pródigos quando se trata de perder el tiempo, la sola cosa, no obstante, en la qual la avaricia es laudable.

CVII.

El hombre, cuya conciencia, juez siempre infalible, ha censurado sus propias acciones, es el solo que puede volver con gusto sobre lo pasado.

CVIII.

La vida de muchas gentes no puede llamarse ociosa, es una ocupacion de holgazanes.

CIX.

Nadie duda que los que se ocupan en estudios inútiles, de los quales se encuentran muchos entre los Romanos, se toman grandes trabajos para hacer nada. Esta enfermedad fué propia de los Griegos: ellos se divertian en buscar qual habia sido el nú-

mero de Remeros de Ulises: disputaban para saber si la Iliada se habia compuesto antes que la Odiséa: si estos dos poëmas eran de un mismo autor; y otras muchas cosas de este jaéz, que pueden saberse sin ser por ellas interiormente mas dichosos; y publicarse sin ser, ni mas molesto, ni mas instruído por ello.

CX.

Lo que no se hiere, no es invulnerable, sino lo que no puede herirse.

CXI.

Los grandes fenómenos, y todo lo que se aleja del paso comun y ordinario de las cosas, no se dexan ver freqüentemente.

CXII.

La avaricia arrebata á los otros para escasearse á sí misma.

CXIII.

Luego que el sabio echa desde lo alto una ojeada sobre la tierra, se dice á sí mismo: ¡Véase ahí el punto que tantas naciones se disputan con el fuego y con la espada! Todos esos grandes movimientos son excursiones de hormigas que se hallan demasiado estrechas. La diferencia de ellas á nosotros, es la de dos átomos mas pequeño el uno que el otro.

CXIV.

Agripa, hombre de valor, el qual fué entre todos aquellos á

quienes las guerras civiles atraxeron poder y celebridad, el único dichoso contra la República, tenia costumbre de decir, que debia mucho á esta máxîma: "La concordia aumenta las pequeñas cosas, y la discordia arruina las mas grandes;" y que ella era la que le habia hecho buen hermano y buen amigo.

La virtud tiene su parte especulativa, y su parte práctica; por consiguiente, es menester instruírse, y confirmar con las acciones lo que se ha aprendido.

CXV.

Se vive diferentemente para el pueblo, y para sí. El retiro no es en sí mismo una escuela de inocencia, ni el campo una es-

cuela de frugalidad; pero quando no hay testigos ni expectadores, los vicios, cuya recompensa es el manifestarse, calman insensiblemente. No somos magníficos para nosotros mismos, ni aun para llamar la atencion de un pequeño número de amigos familiares. En quitando al hombre la representacion, se le quitan los deseos. La ambicion, el luxo y la prodigalidad piden un teatro; ocultarlas, es curarlas.

CXVI.

Las desgracias nos hacen mas sabios: se diria que el buen juicio y la buena fortuna son incompatibles; la prosperidad quita al hombre el juicio.

CXVII.

Es estudiar la filosofía en la práctica, y exercitarse báxo los ojos de la misma virtud, el ser testigo de las ideas de un hombre sabio sobre la muerte y el dolor, quando la una se acerca, y el otro nos toca. Del hombre que obra es menester aprender á obrar. No sufre pacientemente por la esperanza de la muerte; ni por el enójo del dolor muere con resignacion: él sufre la una, y espera el otró.

CXVIII.

Se encuentran hombres que nacieron con dicha, y á los quales han sido favorables las cir-

cunstancias, porque sin un largo estúdio llegaron por sí mismos á un estado, que ordinariamente no es otra cosa que el fruto de las lecciones, por lo qual contraen la virtud desde el primer momento de presentarsela. Estas almas codiciosas de virtud, se fecundan, por decirlo así, ellas mismas; pero las que son menos fuertes y menos activas, ó que por largo tiempo se han visto rodeadas de exemplos contagiosos, han contraído ya un orín, que no puede limpiarse sino con una larga frotacion. Los dogmas de la filosofía pueden hacer llegar mas prontamente los primeros á la perfeccion, y facilitar el camino á los mas débiles, haciendo que se desprendan de sus opiniones depravadas.

CXIX.

Crispo Passieno, ingenio el mas sutil que he conocido, sobre todo para distinguir y curar los vicios, decia, que ponemos algunas veces la puerta entre la lisonja y nosotros; pero que nunca la cerramos. Añadia, que tratamos la adulacion como una dama que nos gusta quando llama á la puerta, y mucho mas quando la echa abáxo.

CXX.

No hay nadie que no permita ser alabado de una virtud, cuyas pruebas son públicas.

CXXI.

Menos cuesta el aumentar en dignidades, que el empezar á elevarse. Lo mismo sucede con las riquezas: ellas residen largo tiempo al rededor del pobre antes de sacarle de la indigencia.

CXXII.

¡Qué locura es la de disponer de la propia vida, no siendo dueños del dia de mañana! ¡Qué demencia la de extraviar su esperanza en un futuro incierto! Yo compraré, yo construiré, yo colocaré, yo percibiré, y obtendré honores; en fin, yo pasaré con quietud una vejéz fatigada y satisfecha de

placeres. No contemos con mañana; quedemos solventes todos los dias con la vida. En siguiendo este plan, se goza de la seguridad. Pero quando se vive en la esperanza, se dexa siempre escapar el tiempo que se tiene en la mano; nos hallamos atormentados por el deséo de la vida, y por el temor de la muerte, que es la ponzoña de todos los bienes.

CXXIII.

El arte de adquirir y el de conservar, son dos medios que, tomados separadamente, pueden cada uno hacer opulento á un hombre.

CXXIV.

¿Á qué sirve el atravesar las

mares, é ir de pueblo en pueblo? Para substraeros de vuestra pobreza, habeis de ser otro, y no estar en otra parte. Supongo que llegais á Atenas, á Rodas, ó á otro pueblo que elegís: ¿qué importan las costumbres que allí encontrais, si allí llevais las vuestras?

CXXV.

La celebridad no pide esencialmente gran número de votos, porque sabe contentarse con el de un solo hombre de bien: un solo hombre virtuoso, basta para juzgar á todos los hombres virtuosos; pero para la gloria y la reputacion, la opinion de un solo hombre no basta: estas exîgen el acuerdo de una multitud de hombres. En el primer caso,

el voto de un solo sabio tiene el mismo peso que el de todos los sabios, porque estos no tendrían otro parecer si se les preguntáse; pero en el segundo, las opiniones son diferentes, porque las disposiciones de los que juzgan, no son las mismas.

CXXVI.

Con la ayuda de lo cierto combate siempre la mentira á la verdad.

CXXVII.

Si se quisieran pesar con la balanza en la mano todas las pruebas, nos condenariamos á un silencio eterno: hay pocas verdades, que no encuentren adversarios: y si ellas ganan el

proceso, es despues de haber litigado largo tiempo.

CXXVIII.

La conversacion tiene atractivos lisonjeros que insensiblemente hacen salir afuera los secretos, así como el amor y la embriaguéz: no se calla lo que se ha oído decir, y no nos ceñimos á decir lo que hemos oído: el que no ha podido callar una proposicion, no callará tampoco el autor. No hay nadie que no tenga un amigo de quien haga tanta confianza, como la que de él ha hecho: por mas que haga por contener el fluxo de hablar, y reducirse á un solo depositario de sus palabras, en confianza, y de unos en otros, to-

do el pueblo sabrá quanto dice; y lo que era un secreto, bien presto pára en un rumor público.

CXXIX.

El malo teme á proporcion del mal que hace. Con una mala conciencia puede hallarse defensa, pero nunca seguridad: se cree uno descubierto, aunque esté oculto; hay agitaciones durante el sueño; no puede oirse hablar de un crimen, sin pensar en él propio; y jamás lo encontramos, ni borrado, ni escondido. El malhechor ha tenido fortuna algunas veces; pero jamás la certidumbre de no ser descubierto.

CXXX.

Nosotros agotamos nuestra sutileza en objetos inútiles y frívolos. Todas esas qüestiones, si el bien es un cuerpo; si las pasiones, si las virtudes son corporales; si la justicia, la fuerza y la prudencia son seres animados, hacen hombres hábiles, y no hombres virtuosos. La sabiduría es una ciencia mas clara, y mas simple que todo eso; pero nosotros prodigamos la filosofía como todo lo demás. Las ciencias y las letras tienen tambien sus excesos: para la escuela ó la disputa, y no para la conducta, estudiamos nosotros.

CXXXI.

¿No veis cómo los aplausos resuenan en los teatros quando en ellos representan algunas de aquellas máxîmas que el pueblo conoce, y que está de acuerdo en que son verdaderas? tales son éstas: "Bastantes cosas faltan á
» la indigencia; pero todo falta
» á la avaricia. Un aváro no es
» bueno para nadie, y él lo es
» menos para sí mismo." El hombre mas tacaño aplaude estos versos, y se encanta de ver injuriar sus vicios. ¡Quanto mas lugar no debe tener este efecto, quando es un filósofo el que expone estas máxîmas, quando con preceptos saludables mezcla versos, que los graba mas profunda-

mente en las almas ignorantes! porque, como decia Cleanto, "así „ como nuestro soplo produce „ un son mas claro quando la „ trompeta, despues de haber- „ lo comprimido en un canal lar- „ go y estrecho, le dexa salir „ en seguida por un ancho des- „ embocadero; del mismo modo „ la estrecha cadena del verso ha- „ ce nuestros pensamientos mas „ brillantes."

Por mas que se extiendan sobre el desprécio de las riquezas, por mas que se quiera probar á los hombres con largos discursos que no hay diferencia entre tener y no desear; que todo lo que excede las necesidades de la naturaleza es superfluo: los espíritus se conmueven todavía mas quando oyen estos versos: "El

„ mortal menos indigente, es
„ aquel que menos desea. Se tie-
„ ne todo lo que se quiere, quan-
„ do no se quiere sino lo suficien-
„ te."

CXXXII.

No busques en la justicia otra recompensa, que la de ser justo. Indiferente es que muchas gentes conozcan tu equidad: qualquiera que quiere hacer su virtud pública, no trabaja para la virtud, sino para sí mismo. Tú no quieres ser justo sin gloria; pero te verás obligado freqüentemente á serlo con infamia: entonces, si eres verdaderamente sabio, la mala reputacion adquirida por medios honestos, tendrá para tí mil atractivos.

CXXXIII.

La ignorancia de las causas hace los efectos mas terribles, y lo raro de los fenómenos les aumenta el asombro. Con las desgracias comunes nos familiarizamos; pero los acaecimientos extraordinarios inspiran mas terror. ¡Eh! ¿por qué hay para nosotros cosa alguna extraordinaria? Es porque vemos la naturaleza sin adivinarla; no pensamos sino en lo que hace, y no en lo que puede hacer. Nuestro miedo es, pues, el castigo de nuestra negligencia, y tememos como nuevo lo que solo es extraordinario. Supuesto que la ignorancia es la causa de nuestros sustos, la exêncion del miedo merece la pena de instruírse.

CXXXIV.

El lenguage de los hombres, dice un proverbio griego, fué siempre conforme á su vida. Así como las acciones de cada indivíduo son conformes á sus discursos, y la pintura de las costumbres públicas, su estílo y su lenguage. Quando las costumbres de la sociedad se han corrompido y afeminado, un lenguage poco castigado es la señal de la depravacion pública; sobre todo, quando este defecto no se encuentra en uno ú dos indivíduos, sino que se ha atraido la aprobacion general.

CXXXV.

¿Qué diferencia hay entre

los muchachos que dan un gran valor á sus juguetes, y nosotros, sino que nosotros nos volvemos locos por quadros y estátuas, y que nuestras locuras son mas caras que las suyas?

CXXXVI.

Tú me preguntas cómo ha llegado hasta nosotros el primer conocimiento de lo que es bueno y honesto: la naturaleza no ha podido darnosle: ella ha sembrado en nosotros las semillas de las ciencias, mas no la ciencia misma. Me parece que este conocimiento es el resultado de las reflexîones, y de las comparaciones que el espíritu hace por analogía entre las cosas que se han visto freqüentemente, y se

han observado. Se sabía que hay una salud del cuerpo; de aquí se ha concluído, que debe haber en él tambien una salud del alma: se conocian las fuerzas del cuerpo, y de ahí han inferido que habia igualmente una fuerza de espíritu: se habian admirado á la vista de algunas acciones de bondad, de humanidad ó de valor, y comenzaron á mirarlas como modelos de perfeccion.

CXXXVII.

Nuestros antepasados erraban todavía al rededor de la verdad; todo era nuevo para unos hombres que hacian las primeras experiencias: nosotros hemos perfeccionado sus descubrimientos, y les debemos aquellos que tam-

bien hemos hecho despues. Se necesitaba bastante valor para atreverse á separar el velo de la naturaleza , ir mas allá de la ojeada superficial que ella nos permite , y arrancarla sus secretos, por decirlo así. Es haber contribuído mucho al progreso de los descubrimientos, el haberlos creído posibles. Es, pues, necesario el escuchar á los antiguos con indulgencia: nada que comienza, es perfecto.

CXXXVIII.

El temor , aunque sea moderado , y no tenga otro objeto que una desgracia particular , debilita la razon ; pero quando el pavor es general, los espíritus se extravian. No es facil conservar el buen juicio en las grandes ca-

lamidades; el terror puede obrar con bastante fuerza en las almas tímidas, para hacerlas perder la razon. El espanto es una especie de locura; pero en los unos, no produce esta pasion sino efectos momentáneos; y en los otros, causa una turbacion mas violenta, que llega hasta la demencia.

CXXXIX.

Jamás se ven mas profetas, que quando un terror mezclado de supersticion conmueve los espíritus.

CXL.

No todo lo que pertenece á la moral, constituye las buenas costumbres: una cosa tiene por objeto el mantenimiento del

hombre, otra sus exercicios, otra sus vestidos, y otra su instruccion ó su entretenimiento: todas estas cosas pertenecen al hombre, aun quando no contribuyan á hacerlo mejor. Hay especulaciones que influyen diferentemente en las costumbres; algunas sirven para arreglarlas y corregirlas; y otras tienen por objeto el investigar su origen y naturaleza. ¿Creéis que un filósofo pierde de vista la moral quando exâmina por qué la naturaleza ha hecho al hombre, y por qué lo ha colocado sobre todos los animales? No, sin duda; en efecto, ¿cómo se sabría las costumbres que el hombre debe tener, si no se conociera lo que le es mas ventajoso; y en una palabra, si no se considerára su

naturaleza? No se sabría lo que debemos hacer ó evitar, sino luego que se hubiera aprendido lo que se debe á la naturaleza.

Llévese á bien que yo exâmíne objetos que parece se apartan de la moral. Tratamos de saber si todos los animales tienen sentimiento, la conciencia de su estado natural ô de su constitucion. Parece que tienen este sentimiento, sobre todo por la destreza y prontitud con que usan de sus miembros; de suerte, que podria decirse que lo han aprendido: no hay uno que no se sirva con agilidad de las diferentes partes de su cuerpo, y que no execúte con la mayor facilidad los movimientos que le son necesarios. Ninguno de ellos mueve sus miembros con traba-

jo, ni se halla embarazado en su uso: desde que nacen executan al punto las funciones, á las quales son destinados; ellos traen su ciencia quando vienen al mundo, y nacen enseñados.

Se me dirá, tal vez, que los animales mueven convenientemente las partes de su cuerpo, porque si los movieran de otro modo, experimentarian dolor; y así, segun vos, se ven obligados, y es el temor, y no la voluntad, quien les hace moverse á propósito. Nada menos que eso: sus movimientos serian lentos, si se halláran constreñidos: la agilidad anuncia un movimiento espontáneo ó voluntario: bien lejos de que el dolor les fuerce á moverse, no es capáz de detener los esfuerzos que

ellos hacen para executar sus movimientos naturales. Así es, que un muchacho que quisiera tenerse en pie, y que se acostumbra á sostenerse solo, cae al instante que comienza á ensayar sus fuerzas; él se levanta llorando cada vez que lo emprehende, hasta que, con ayuda del dolor, se haya exercitado en hacer lo que la naturaleza exîge de él. Los animales, cuyo espinazo está cubierto de una escama dura, quando caen boca arriba se atormentan, enderezan y doblan sus pies, hasta tanto que recobran su posicion natural. Una Tortuga vuelta al revés, no experimenta dolor alguno; y sin embargo, se agita por volver á su situacion conveniente; no cesa de hacer es-

fuerzos, y de batallar, hasta que se encuentra en pie.

Concluyamos, pues, que todos los animales tienen la conciencia, ó sea sentimiento de su modo de exîstir; lo que los hace capaces de usar pronta y facilmente de sus miembros: no tenemos prueba mas fuerte de que al nacer traen este conocimiento, que la de que no hay animal que necesite aprender á hacer uso de sus propias facultades.

En efecto, es indispensable que tengan la conciencia ó sentimiento de lo que les hace conocer las otras cosas; es menester que conozcan la fuerza que los dirige, y á la qual obedecen. No hay nadie de nosotros que no conciba que exîste en él

alguna cosa que le dá impulso; pero ignora lo que produce este efecto. Lo mismo sucede con los animales, que con los niños; los unos y los otros no tienen sino ideas confusas y obscuras de la parte que los dirige.

Se me objetará el pretender que todo animal comienza por conformarse con su constitucion; que la del hombre es ser racional, y que consiguientemente se acomoda á su constitucion, no como animal solamente, sino como animal racional, visto que el hombre se ama á sí mismo, porque es hombre. Sentado esto, ¿cómo un niño, que no goza todavía de la razon, puede conformarse con la constitucion racional? Cada edad tiene su constitucion ó su modo de ser; en

un niño no es la misma que en un provecto ó en un viejo. De este modo, aunque el modo de ser varía, cada animal se acomoda siempre con aquel en el qual se encuentra. Efectivamente, la naturaleza no me hace agradable el estado de la infancia, de la juventud ó de la vejéz; á mí es á quien ella me hace amar. De este modo el niño se acomoda al modo de ser que tiene en la infancia, y no al que tendrá en la adolescencia; y si pasa despues á un estado de mayor aumento todavía, no se puede concluír de ello, que aquel en que habia nacido no era conforme á su naturaleza. Todo animal comienza acomodándose consigo mismo, visto que debe tener en ello algun objeto, al qual

todo puede referirse. Yo deséo el placer: ¿para quién? para mí; luego para mí trabajo. Yo huyo del dolor: ¿para quién? para mí; luego es tambien para mí, que me tómo estos cuidados. Sentado esto, me ocupo de mí mismo antes de todo. Este mismo cuidado se encuentra en todos los animales; no se les ha comunicado; nace con ellos. La naturaleza acaba sus producciones; no las arroja á la casualidad; y como no hay guarda mas segura que la que se halla mas inmediata, cada animal ha sido confiado á sí mismo. Véase por qué, segun lo dixe arriba, los animales mas débiles, de qualquier modo que han salido del vientre de sus madres, conocen al instante lo que les es perni-

cioso, y huyen de lo que les ocasionaría la muerte; y como están expuestos á ser pasto de las aves de rapiña, temen hasta la sombra de aquellas que vuelan sobre ellos.

Ningun animal entra en la vida sin el temor de la muerte. ¿Cómo, me dirán, el animal que acaba de nacer puede tener la idea de una cosa que le sea saludable ó funesta? Trátase aquí de saber si él tiene la idea, y no cómo la ha podido tener: ahora parece que los animales tienen esta idea, supuesto que no obrarían de otro modo que obran, si la tuviesen. ¿Por qué una Gallina no se guarda de un Pavo-real ó de un Ganso, quando huye al punto que percibe un Gavilán, que es un páxaro mucho

mas pequeño? En esto parece que ellos tienen un conocimiento de lo que puede dañarles, sin que la experiencia práctica se lo haya enseñado: ellos se ponen en seguridad aun antes de haber experimentado mal alguno. Y no hay que creer que esto sea un efecto casual: ellos no temen sino los objetos que tienen razon de temer; jamás pierden de vista este cuidado, y siempre evitan lo que les es pernicioso. Mas, viviendo, no se hacen mas tímidos; lo que prueba, que no es el uso ó la experiencia quien les dá el temor, sino el deséo natural de conservarse. La experiencia instruye lenta y diversamente: las lecciones de la naturaleza son uniformes y prontas.

Cada animal se ocupa de su

conservacion ; busca lo que puede contribuír á ella, y teme todo lo que puede oponersele. La naturaleza le inspira repugnancia hácia todo aquello que le es contrario : todo lo que ella ordena, se hace sin reflexîon y sin designio. ¿No se vé con qué industria construyen las Abejas sus domicilios, y con qué union maravillosa concurren á sus trabajos? ¿No es de admirar la tela de araña, que toda la ciencia del hombre no bastaría para imitarla? ¡Con qué destreza dispone sus hilos! los unos son derechos para servir de apóyo á los otros; y los otros son circulares y juntos, á fin de coger los mas pequeños animalillos como en las redes. Este arte no se aprende, al nacer se tiene.

De este modo, ningun animal es mas instruído que otro. En todas las arañas se ven las mismas telas; todos los panales de miel tienen las mismas cavidades. Todo lo que el arte enseña, es desigual é incierto; y todo lo que enseña la naturaleza, siempre constante y uniforme: ella no dá á los animales sino los medios de defenderse: véase por qué se hallan instruídos desde que nacen. No nos sorprehendamos de que nazcan con los conocimientos, sin los quales nacerían en vano. Éste es el primer conocimiento, y el primer medio que naturaleza les dió para mantener su exîstencia y para amarla: ellos no habrian podido conservarse si no hubieran sido inclinados naturalmente á

ello : esto solo no habria servido de nada; pero tambien sin esto , nada habria sido útil.

CXLI.

Una de las causas de nuestros males , dimana de que arreglamos nuestra conducta á la de los otros : no nos guiamos por la razon , y la costumbre nos arrastra. Si pocas gentes hicieran una cosa , no trataríamos de imitarla ; pero luego que el gran número la hace, le seguimos : ¡cómo , si porque una cosa se haga con freqüencia , será mas estimable ! Un error hecho general , toma el lugar de la recta razon.

CXLII.

Los que se oponen á la natu-

raleza, parecen remeros que bogan contra la corriente.

CXLIII.

Para calmar el terror que inspiran las grandes revoluciones de la naturaleza, y asegurar al hombre contra todos los peligros de esta especie, el valor es mas importante que la ciencia; pero lo uno y lo otro están ligados. El verdadero origen del valor, son las artes liberales, y el estúdio y contemplacion de la naturaleza.

CXLIV.

Es natural al hombre el admirar mas bien lo nuevo, que lo grande.

CXLV.

Entre los historiadores hay algunos que buscan la celebridad por la relacion de sucesos increíbles, y que temiendo que el lector se duerma con hechos comunes y diarios, lo despiertan con prodigios: los hay crédulos, y los hay negligentes: algunos se dexan sorprehender de la mentira, otros se complacen en ella; los unos no saben evitarla, y los otros, como que van á buscarla.

CXLVI.

Se creía que los hombres mas peligrosos eran los que llevan consigo las calumnias; pero hay hombres que llevan á cuestas los

vicios: su conversacion es muy perjudicial; aun quando no obre sus efectos en el momento, dexa siempre semillas en el ánimo.

CXLVII.

Los que han oído una sinfonía, llevan en los oídos la melodía de un canto agradable que oyeron, el qual les impide el pensar en objetos serios: lo mismo sucede con el lenguage de los aduladores, y con el de aquellos que alaban las cosas deshonestas; su impresion nos ocupa mas tiempo que el que gastamos en oírlas. Es, pues, muy importante el cerrar los oídos á los malos discursos, y sobre todo, quando empiezan; porque desde luego que comenzaron, y nos

tomamos la libertad de escucharlos, se hacen mas atrevidos. Entonces es quando llegan hasta decirnos, que la justicia, la virtud y la filosofía no son otra cosa sino palabras vacías de sentido; que no hay felicidad sino en una vida alegre; que no incomodarse por nada, y gastar el patrimonio, es lo que se llama vivir bien, y acordarse que debemos morir; que nuestros dias se pasan, y que la vida no vuelve atrás: ¿Por qué se vacilará, para hacer lo que puede agradar? ¿Por qué no concederse placeres, que no podrán gustarse siempre, en la edad capáz de gozarlos, y que los pide? ¿Para qué sirve el ir antes de la muerte, por una necia frugalidad, á privarse de los bienes que

ella nos ha de arrebatar? ¡Qué locura la de trabajar para un heredero, y privarse de todo, á fin de que una gran succesion os haga un enemigo de aquel á quien amais! Mientras mas le dexeis, mas se alegrará de vuestra muerte: no hagais caso de esos fastidiosos y severos censores de la vida agena: ellos son enemigos de la suya: burlaos de semejantes hombres, que se erigen en pedagogos del público, y no os detengais en preferir una vida agradable á la consideracion.

Semejantes discursos son tan dañosos como el canto de aquellas Sirenas que Ulises no quiso escuchar, sino despues de estar bien atado: sus efectos son tambien funestos; ellos nos hacen desprendernos de la patria, de

nuestros parientes, de nuestros amigos y de la virtud, y precipitan á aquellos que los escuchan en la miseria y en la infamia. ¿No es, pues, mas ventajoso el seguir el camino derecho, y llegar al fin al punto de no hallar placer sino en las cosas honestas?

CXLVIII.

Si toda profusion es vituperable, la de los beneficios no lo es menos. Quita el discernimiento; ya no son beneficios, pues toman otro nombre. Una gran cantidad de dinero dada sin juicio y sin beneficencia, no se distingue de un tesoro que pudieramos encontrar. Hay mil cosas que deben recibirse sin quedar por ellas con obligacion alguna.

CXLIX.

Es una usura vergonzosa el tener anotados los beneficios que se hacen ; sea la que fuere la suerte de los primeros, continúa derramándolos. Yo quiero mas bien que sean sepultados en las casas de los ingratos : la vergüenza, la ocasión y el èxemplo pueden algun dia hacerlos reconocidos. No te canses, haz tu deber, llena las funciones de un hombre de bien ; socorre al uno con tu caudal, al otro con tu caucion ; á éste con tu crédito, á aquel con tus consejos ; y á ese otro, en fin, con tus preceptos saludables.

C L.

En materia de reconocimiento no se llega, sino se pasa.

C L I.

La mayor parte de los hombres hacen odiosos sus beneficios con la dureza de las proposiciones que los acompañan; sus cejas arrugadas, sus discursos y su desdén causan arrepentimiento de haber obtenido la cosa una vez prometida; aun es necesario experimentar dilaciones: ahora nada hay mas desagradable que el verse obligado á pedir todavía lo que se ha obtenido. Los beneficios deben pagarse antes del plazo; y freqüentemente es mas dificil recibir, que obtener:

nos vemos obligados á suplicar al uno, y advertir al otro de terminar la cosa. De aquí resulta que el mismo beneficio se gasta pasando de unas manos á otras; y otro tanto aumenta el precio del reconocimiento debido al que lo prometió: todos los que se solicitan despues de él, llevan su porcion. Si deseas, pues, que sean reconocidos á tus beneficios, haz que lleguen enteros, intactos, y, como dicen, sin deduccion; que nadie los intercepte, ni los detenga en el camino. Todo reconocimiento hipotecado sobre un beneficio, es otra tanta disminucion de tu parte.

CLII.

Para resolverte á morir de

grado, represéntate esa tropa de desgraciados que se unen á la vida, que la tienen, por decirlo así, abrazada, como se agarran en un naufragio á las raíces y á las rocas; y que fluctuando entre el temor de la muerte y los tormentos de la vida, no quieren vivir, y no saben morir.

CLIII.

Siempre se hace caso de la estimacion de aquel cuyo desprecio causa pesadumbre.

CLIV.

El colmo de la crueldad es prolongar el suplicio: hay una especie de compasion en hacer morir prontamente, visto que el

tiempo, que precede al suplicio, forma su mayor parte, y que el último dolor los termina todos.

CLV.

Generalmente el modo de decir y hacer las cosas, las caracteriza, y así los mismos servicios se diferencian por el modo con que se hacen. ¡Qué gracia, qué precio no se dá al beneficio que se dispensa, quando no se sufre que aquel que lo ha recibido dé gracias, quando haciendo bien se olvida uno de que lo ha hecho!

CLVI.

El temor de la muerte no es un efecto particular de la

enfermedad, sino de una ley de la naturaleza.

CLVII.

La enfermedad ha servido algunas veces para prolongar la vida de algunos hombres: ellos han debido su salud á las señales de muerte que aparecian en sus semblantes.

CLVIII.

Fabio Verrucoso comparaba los beneficios acordados con aspereza por un hombre caprichoso, al pan duro que un hambriento recibe por necesidad, y lo come con disgusto.

CLIX.

No hablemos del bien que hemos hecho: acordar un bene-

ficio, es volverlo á pedir. Yo gritaría de buena voluntad, como aquel hombre libertado por un amigo de Cesar de la proscripcion de los Triunviros, y que, fatigado de su arrogancia, le decia: "Vuelveme á Cesar. » ¿Hasta quándo me repetirás: » yo te he salvado, yo te arranqué de la muerte? Yo te debo la vida, si me acuerdo de » ella; y la muerte tambien, si » de ella me haces acordar. Yo » no te debo nada, si solo me » has salvado para hacer ostentacion del beneficio. ¿No » acabarás de arrastrarme en tu » carro? ¿No me dexarás jamás » olvidar mi desgracia? Sin tí » no habria sido llevado en triunfo sino una sola vez."

CLX.

Todos los moralistas enseñan, que hay beneficios que deben derramarse publicamente, y otros en secreto: publicamente, aquellos que es glorioso el obtener, como las recompensas militares, los honores, y generalmente todo aquello que, siendo conocido, procura brillar: aquellos, al contrario, que no contribuyen ni al adelantamiento ni á la ilustracion, sino que alivian la debilidad, la indigencia y la ignominia, deben tenerse ocultos, y que solo los sepa el sugeto interesado.

CLXI.

El último periódo del mal, es su fin. No puede sufrirse mu-

cho, y mucho tiempo. La naturaleza, como tierna madre, nos ha formado de tal modo, que ha hecho, ó que el dolor sea corto, ó soportable. Todo depende de la opinion: no son solo las pasiones, como la ambicion, el luxo y la avaricia, las que se arreglan á ella; sino que hasta el dolor mismo se conforma con la preocupacion. No somos desgraciados sino en razon de lo que creemos serlo. Hasta el dolor lo hallarémos ligero, si lo creemos tal.

CLXII.

Freqüentemente se pagan los beneficios con injurias. Hasta hombres ingratos se han visto, por no haber podido ser bastantemente reconocidos. La demen-

cia ha llegado al punto de haber gran peligro en hacer mucho bien á ciertas personas : persuadidas éstas á que es vergonzoso el no poder volver lo que se recibe, mas bien quieren no deber nada. ¡ Eh ! amigo mio, guardad lo que habeis recibido : yo no os pido nada ; yo no exîjo mas que la impunidad, por el bien que os he hecho.

CLXIII.

El modo ordinario de alabar la vida de un hombre á quien se tiene envidia, es decir : Ve ahí un hombre que está bien ; esto es, ve ahí un hombre afeminado.

CLXIV.

C. Cesar, ese tirano feróz,

hecho para llevar las costumbres de un Estado libre á la esclavitud de la Persia, dió la vida á Pompeyo Penno; si acaso es darla el no quitarla. Quando éste vino á darle gracias por este beneficio, le dió á besar el pie izquierdo.

¡O insolencia de la suprema clase! ¡O delirio estúpido de la grandeza! jamás haces que gustemos la dulzura de recibir beneficios: tú los cambias en ultrages. Yo quiero los beneficios quando se presentan báxo los rasgos de la sensibilidad, ó á lo menos, báxo los de la dulzura y de la serenidad: quando el bienhechor no me oprime con su superioridad: quando no se eleva sobre mí, sino que desciende al nivél mio, para no de-

xarme ver sino su beneficencia: quando despoja su beneficio de una ostentacion importuna: quando espía el momento favorable; y quando parece que mas bien aprovecha una ocasion, que socorre una necesidad. El único medio de persuadir á los Grandes á que no hagan beneficios inútiles con su altivéz, es el de probarles que estos beneficios no parecen mas considerables por dispensarse con aparato, y que ellos mismos no se ostentan mas grandes por eso. El orgullo no tiene sino una falsa grandeza, que hace tomar aversion á los objetos mas amables.

CLXV.

El valor no es un instinto

ciego: no es el amor del peligro: no es una manía que hace buscar lo que todo el mundo teme, sino la ciencia de distinguir lo que es mal, de lo que no lo es. El valor se ocupa muy cuidadosamente en su propia conservacion, pero sabe sufrir lo que no tiene sino la apariencia del mal.

CLXVI.

Demetrio el filósofo decia, que el mismo caso hacía de los discursos de los ignorantes, que de los flatos que escapan de los intestinos. ¿Qué me importa, decia él, que el son venga de arriba ó de abaxo? ¡Qué locura la de temer ser disfamado por gentes que ellas mismas lo están!

CLXVII.

Aunque algun cuerpo intermedio nos prive de la vista del Sol, éste está siempre en accion, y sigue su carrera: quando no luce sino entre nubes, no dexa por eso de tener la misma luz, ni una marcha menos rápida, que quando el Cielo está despejado y sereno. Hay diferencia entre un obstáculo y un impedimento. Por esto es, que los obstáculos no hacen perder nada á la virtud: ella brilla menos; pero no es menor por eso: puede parecernos menos brillante; pero ella es siempre la misma á sus propios ojos; como el Sol obscurecido, ella exerce su poder detrás de la nube.

CLXVIII.

No hay diferencia freqüentemente entre los presentes de los amigos, y los votos de los enemigos; la imprudente complacencia de los primeros, nos precipita en todos los males que los segundos nos desean.

CLXIX.

Un Cínico pidió un talento á Antígono, á quien pareció que la suma era muy grande para un Cínico. Éste, ciñendose á pedir un dinero á Antígono, tuvo por respuesta, que esto era muy poco para un Rey. Nada hay mas vergonzoso que un subterfugio semejante: esto era un pretexto para no dar nada.

Este Príncipe no vió sino al Monarca en la peticion de un dinero, y al Cínico en la de un talento. Como Rey habria podido dar un talento, y como á un Cínico, un dinero. Quando aquella suma fuera demasiado grande para un Cínico, jamás debia serlo para un Rey bienhechor.

CLXX.

Es menester no recibir indistintamente, ni dexar tomar á todo el mundo sobre sí, los derechos sagrados de un bienhechor que producen la amistad mas inviolable. Recibase de aquellos á quienes quiera darse. Puede ser que sea mas necesaria una buena eleccion para empeñarse, que para dar.

CLXXI.

Se pregunta, si Bruto debia aceptar la vida de mano de Cesar, á quien juzgaba digno de la muerte. Me parece que este grande hombre se engañó extrañamente sobre este punto, y no consultó bastantemente los principios del estoicismo. ¿Debia él lisongearse de la vuelta de su libertad con tanto ardimiento para la ambicion, y tantas recompensas para la esclavitud? ¿Debia esperar el restablecimiento de la antigua república, despues de la subversion de las antiguas costumbres? ¿Debia esperar el apóyo de la igualdad primitiva, y de las leyes fundamentales del Estado, des-

pues de haber visto tantos millares de hombres llegar á las manos, no por la libertad, sino por la eleccion de un Soberano? ¡Hasta qué punto era preciso desconocer el curso de la naturaleza, y el espíritu de su nacion, para no ver que despues del homicidio de un ambicioso, se encontraría otro en la misma disposicion, como se halló un Tarquino, despues de la muerte violenta de tantos Reyes heridos del acero ó del rayo! Bruto debia recibir su gracia, pero sin mirar, como su padre, á aquel que no debia sino á la violencia el derecho de hacer bien. No es salvar á un hombre el no matarle: no se le hace gustar un beneficio, sino exceptuarlo de la muerte.

CLXXII.

Yo no rehusaré un aumento de años; pero no creeré que falte algo á la felicidad de mi vida, si abrevian su duracion. No es de ahora el haberme enseñado una esperanza codiciosa, como de lejos, que me he preparado: yo he mirado cada uno de mis dias como el último de mi vida.

CLXXIII.

Si el alma no ha recibido de la naturaleza las mas excelentes disposiciones, y si despues no ha sido ilustrada con las luces de la razon toda entera, no es bastante para todos los pormenores de una accion; ella no sabrá quán-

do, hasta dónde, çon qué, ni de qué manera debe practicarse: no caminará jamás hácia la virtud con todos sus esfuerzos reunidos; no se inclinará á ella con gusto y perseverancia; mirará atrás, y no se parará en el camino.

CLXXIV.

El juicio es mas libre, quando se exercita en los intereses de otro.

CLXXV.

Es afligirse mas que es menester, el afligirse antes que sea necesario.

CLXXVI.

La misma debilidad que impide á ciertos hombres el pre-

veer su desgracia, les impide el valuarla.

CLXXVII.

Nada hay mas frívolo, ni dislocado, que el pasage que Hecatón refiere de Arcesilao, el qual rehusó el dinero de un hijo, por miedo de ofender á su aváro padre. ¿Qué cosa hay mas bella que no hacerse encubridor de un hurto, y querer mas bien no aceptar, que verse despues obligado á volver lo que se ha tomado? ¡Bella moderacion, no aceptar el bien de otro! Si quereis un exemplo heroyco, tomad el de Græcino Jelio; este hombre, de un mérito raro, á quien Calígula hizo matar, por la sola razon de que tenia mas providad de la que

convenia á los tiranos tuviese un ciudadano. Mientras que recibia dinero de todos sus amigos para subvenir al gasto de los juegos, no quiso aceptar una gruesa suma de Fabio Pérsico; y sobre las reconvenciones que acerca de ello le hacian algunas gentes, mas inclinadas á los presentes, que delicadas en la eleccion de personas, respondió: " ¿Puedo yo aceptar los beneficios de " un hombre, con el qual no " querria hallarme en la mesa?" Rebilo, hombre Consular, y tambien desacreditado, enviandole una suma todavía mas crecida, y estrechándole á recibirla: perdonad, le dixo Græcino, si no me rindo á vuestras instancias; ya hice lo mismo con Pérsico. ¿Es esto recibir presen-

tes? ¿No es mas bien hacer el oficio de Censor, y escoger los miembros del Senado?

CLXXVIII.

Hay hombres que murmuran de aquellos que les han hecho mas bien. Mas seguro es ofenderlos, que dexarlos agradecidos: ellos recurren al aborrecimiento, como á una prueba de que nada deben.

CLXXIX.

La envidia no litiga la causa de nadie; y no es favorable sino para sí misma, en perjuicio de todos los otros.

CLXXX.

Para desempeñar un beneficio, es menester la virtud, las

circunstancias, los medios y la fortuna; pero el recuerdo de él, es un reconocimiento que no cuesta nada. Rehusar un pago que no exîge, ni trabajo, riquezas, ni fortuna, es hacerse inexcusable.

CLXXXI.

Se han concedido privilegios á los padres. ¿Por qué los otros bienhechores no han de estar tambien en el caso de un favor extraordinario? Yo respondo, que se ha hecho sagrado el estado de lss padres, porque importaba á la república que criasen bien sus hijos: era necesario animarlos á tomarse este trabajo, y á correr sus riesgos. No podia decirseles como á los bienhechores: "Es» coged sugetos dignos de vues-

» tros beneficios: si sois engañados, culpaos á vosotros mismos: no presteis vuestra asistencia sino á gentes que la merezcan."

Los padres no pueden elegir sus hijos; solo pueden hacer votos, porque no es negocio de discernimiento. Era menester, pues, determinarlos, por el atractivo de la autoridad, á correr este riesgo. Además de esto, la juventud necesita que la gobiernen: los padres son una especie de Magistrados domésticos, á cuya custodia la hemos confiado. En fin, los beneficios de todos los padres son del mismo género, y por esta razon podian valuarse una vez; pero los otros, diferentes entre ellos, variados por su importancia y por las circuns-

tancias, no podian someterse á una regla general; mas equidad habria en no decidir nada, que en apreciarlos de una manera uniforme.

CLXXXII.

Si hubierais experimentado la pérdida de un amigo, que es la mas grande de todas, sería necesario que hicieseis esfuerzos para alegraros de haberlo poseído, mas bien que afligiros de haberlo perdido. Pero la mayor parte de los hombres no hacen cuenta de los placeres que han gozado. El dolor, entre otros males, tiene no solamente el de ser superfluo, sino tambien el de faltar al reconocimiento. ¿Es nada el haber tenido un amigo semejante? ¡Qué! ¿la naturaleza

no ha hecho nada por tí, procurándote tantos años agradables, una union tan dulce, y una asociacion tan íntima de gustos y de inclinaciones? ¡Qué! ¿enterrais la amistad con el amigo? ¿Y por qué sientes el haberlo perdido, si nada te queda del placer que te ha dado? Creeme, la suerte podrá arrebatarnos á los que amamos; pero la mayor parte de ellos queda con nosotros. Pueden quitarnos que gocemos actualmente, pero jamás el que hayamos gozado. Hay ingratitud en creer, quando hemos perdido, que nada debemos por lo que hemos recibido. La suerte nos quita los fondos, pero nos dexa el usufruto, y le perdemos con la injusticia de nuestros sentimientos.

CLXXXIII.

Compárese á la inmensidad de los tiempos lo que llamamos la edad del hombre, y se verá quan imperceptible es este punto de duracion que deseamos, y que alargamos quanto nos es posible. De este corto espacio, ¡qué porcion no nos han arrebatado las lágrimas, la desesperacion que nos hizo desear la muerte, ántes que viniera; las enfermedades, el temor, y los años de debilidad, de ignorancia, ó de inutilidad! De este mismo espacio damos la mitad al sueño: añadanse los trabajos, los duelos y los peligros, y se comprehenderá que aun la vida mas larga, es la mas corta parte que empleamos en vivir.

CLXXXIV.

Sería manchar los beneficios el hacer de ellos una materia de proçeso. Vuelve lo que debes, es una expresion dictada por la justicia, y fundada en el derecho de gentes. Pero este modo de hablar es vergonzoso en punto á beneficencia. ¡Entrega! ¿qué quieres que entregue? ¿la vida que he recibido? ¿el honor, la seguridad y la salud? Estas deudas son demasiado grandes para poder satisfacerlas. No excitemos los corazones de los hombres á la avaricia, al descontento y á la discordia; demasiado inclinados son á ello.

CLXXXV.

¡ Pluguiese á los dioses que pudieramos persuadir á los hombres á que no recibiesen ni aun el pago de sus deudas pecuniarias sino como una restitucion voluntaria ! ¡ Pluguiese á los dioses que ninguna estipulacion no obligáse el vendedor al comprador : que no hubiese necesidad de sellar los pactos y los convenios , y que éstos quedasen báxo la salvaguardia de la buena fe y de la equidad ! Pero se ha preferido la necesidad á la honradéz ; se ha querido mas bien estrechar la providad , que atenerse á ella. Por ambas partes se llaman testigos : es menester contratos , Notarios , y multipli-

cadas firmas: no se contentan con la palabra de un hombre; quieren ligarle con su propia firma: ¡confesion bien vergonzosa de la mala fé y de la depravacion general! Se fian mas bien de nuestros sellos, que de nuestros corazones. ¿Por qué la intervencion de esos Magistrados? ¿Por qué ese estampar sus sellos? Por miedo de que tal ó tal hombre niegue que recibió, lo que recibió en efecto. ¿Luego aquellos son personages incorruptibles, y órganos de la verdad? ¡Ah! Que tampoco á ellos se les presta dinero sin las mismas formalidades! ¡Eh! No habria sido mejor dexar á algunos malvados violar su fé, que haber sospechado de pérfidos á todos los hombres!

La sola cosa que falta á la

avaricia, es no dispensar beneficios sin resguardo. La beneficencia es atributo de las almas nobles y generosas: perseguir el págo de los beneficios, es parecerse á los usureros. ¿Por qué, báxo pretexto de seguridad, se han de abatir los bienhechores á la clase mas vil de la humanidad?

CLXXXVI.

El ingrato no goza del beneficio sino una sola vez; el hombre reconocido, goza siempre de él.

CLXXXVII.

Nada hay mas inconseqüente que los juicios del pueblo: vé á un hombre firme en medio del duelo, y lo llama impío y

cruel : vé á otro abatido del dolor , tendido sobre el cadáver del muerto , y le trata de hombre débil y afeminado.

CLXXXVIII.

He visto á hombres respetables asistir al entierro de sus hijos : en sus rostros iba impresa la ternura paternal , sin ostentar un dolor afeminado ; y no se veía en ellos otra alteracion , que la que producen los sentimientos verdaderos y sincéros. Hasta el mismo dolor tiene su decencia, la qual debe observar el sabio: así en las lágrimas , como en todo lo demas , hay un término en donde debe pararse. Solo los ignorantes tienen arrebatamientos, tanto en el dolor , como en la alegría.

CLXXXIX.

Es cierto que las obras que agradan en el calor de publicarse, pierden un poco de su efecto en la sangre fria de la lectura; pero siempre es mucho el haberse apoderado del primer golpe de vista, aunque una revista mas exâcta encuentre despues algo que criticar.

CXC.

La disposicion, y no el estado, es la que caracteriza los beneficios: la virtud no se prohibe á nadie. Un esclavo puede ser justo, esforzado y magnánimo; y desde entonces puede exercitar la beneficencia con su

amo. ¿Por qué ha de ser la persona la que envilece la accion, y no la accion la que ennoblezca la persona? Si toda autoridad desagrada, si todo yugo parece pesado, ¡qué reconocimiento no se debe á aquel en quien el afecto y amor á su amo ha triunfado del natural aborrecimiento que tiene el hombre á la esclavitud! En lugar, pues, de decir: "No es un beneficio, „ porque ha sido hecho por un „ esclavo; el nombre de benefi- „ cio no se dá sino á los ser- „ vicios que se han dispensado, „ quando se estaba en libertad „ de no dispensarlos:" digamos; es un beneficio tanto mayor, quanto la esclavitud no le ha servido de obstáculo.

Hay acciones que las leyes

no prescriben, ni prohiben á los esclavos: ellas pueden servir de materia á su beneficencia. Mientras no hacen mas que executar lo que se exîge de ellos, esto es solo llenar una funcion, ó cumplir con un deber: si lo exceden, ya es un beneficio, y entonces toman los sentimientos de un amigo. Hay dones que un Señor no puede dexar de hacer á sus esclavos, como son la comida y el vestido; estos no son beneficios; pero si tiene con ellos atenciones particulares, si les dá una educacion honrada, y si los instruye en las artes que se enseñan á los ciudadanos, esos son ya beneficios: aquellas acciones suyas, que exceden los límites de sus funciones, que son voluntarias y no forzadas, son benefi-

cios, siempre que sean tan importantes para merecer este nombre, como si viniesen de otra parte.

CXCI.

Nada hubo mas freqüente y mas general, báxo el Imperio de Tiberio, que el furor de delatar, mas funesto mil veces á la ciudad durante la paz, que todas las guerras civiles juntas. Se espiaban los discursos de la embriaguéz; se aprovechaban de las confesiones sencillas de la alegría; no habia seguridad; el mas mínimo pretexto era suficiente á la barbárie; la suerte misma de los acusados no excitaba la curiosidad, porque siempre era la misma. Paulo, antiguo Pretor, asistia á un festín, y tenia en

uno de sus dedos el retrato de Cesar, grabado en una piedra. Sería simpleza hacer una digresion para decir que él fué á la guarda-ropa. Marón, famoso delator de aquel tiempo, no le perdió de vista; pero el esclavo de Paulo le sacó de la red donde le habia hecho caer la embriaguéz, quitándole el anillo; y mientras que Marón atestiguaba con los convidados, que el retrato del Emperador habia sido llevado á un lugar obsceno, y formalizaba ya su proceso verbal, el esclavo mostró el anillo en su mano. Si alguno puede dar al uno el nombre de esclavo, podrá darle al otro el de convidado.

CXCII.

Báxo el Imperio de Augusto no ponian la vida en peligro todavía los discursos; pero no dexaban de comprometer. Rufo, de la gerarquía de los Senadores, parecia haber deseado, en una cena, que Augusto no volviese sano y salvo de un viage que estaba preparando; añadiendo, que los Toros y Terneros hiciesen el mismo voto. Esta proposicion fué oída con atencion de los convidados. Al dia siguiente, muy de mañana, el esclavo que habia estado á sus pies, le hizo relacion de los discursos que la embriaguéz le habia hecho proferir el dia antes, y le exhôrtó á que se denunciase él mismo á Cesar.

Rufo, en conseqüencia de este consejo, presentándose al Emperador al baxar de su Palacio, le dixo, que habia perdido la razon la víspera, protestándole, que deseaba que el mal que le habia apetecido cayese antes sobre él y sobre sus hijos; y le conjuró á que le perdonáse, y le volviese á su gracia. Cesar le aseguró que consentia en ello; pero Rufo le respondió, que nadie creería le habia perdonado, si no le dispensaba algun beneficio; y le pidió una suma capáz de contentar á un cortesano en favor. Cesar, concediéndosela, le dixo: "Yo me guardaré, por mi pro„pio interés, de no enfadarme „jamás con vos." Es glorioso para Augusto el haberle perdonado, y unido la liberalidad á la

clemencia. Todos los que lean este rasgo, no podrán menos de alabar al Emperador; pero no será sino despues de haber alabado al esclavo. ¿Añadiré que fué recompensado con la libertad? No fué, sin embargo, gratuita; Cesar la habia pagado.

CXCIII.

Léase á Cicerón, y se encontrará en su estílo unidad, número y delicadeza, sin que pueda decirse que hay falta de vigor. Por el contrario, la diccion de Asinio Pollión es alterada y confusa: sus periódos nos dexan donde menos se espera. En Cicerón son cadencias, y en Pollión caídas, excepto un pequeño número de frases, cuya medida es fixa, y la forma regular.

CXCIV.

Citenme un escritor que sea preferible á Fabiano. ¿Es Cicerón, cuyos rasgos filosóficos son quasi en tanto número como los de Fabiano? Bien está; pero no somos pequeños por no tener la estatura de un gigante. ¿Es Asinio Pollión? tambien consiento; pero en materias de esta importancia, es sobresalir todavía el ser el tercero. Nombrese tambien á Tito-Libio, de quien tenemos diálogos que pertenecen, tanto á la filosofía, como á la historia, y le cederé la plaza. ¡Véase á qué tropél de escritores es superior aquel sobre el qual sobresalen los tres hombres mas eloqüentes de la antigüedad!

CXCV.

Yo quiero que el estílo del orador sea enérgico; el del poéta trágico, sublime; y el del poéta cómico, lleno de delicadeza. Pero un estílo demasiado circunspecto no sienta bien á un filósofo. ¿Se ocupará éste en un cuidado tan futil como el de las palabras? A lo grande de las cosas es á lo que se dedica: la eloqüencia le sigue como la sombra, sin que piense en ello. Sus frases no estarán limadas y pulidas en todos sus pormenores; no formarán un encadenamiento artistamente trabajado; cada una de sus palabras no será un punto que despierte al lector; pero en el conjunto se hallarán rasgos

luminosos, y se leerán pasages dilatados sin disgusto. En fin, el filósofo tendrá la ventaja de probar, que ha conocido lo que ha escrito, porque su objeto no es el de agradar, sino el de hacer ver lo que á él le agrada: todos sus pasos se dirigen á los progresos de la virtud, y no aspira á que le aplaudan.

CXCVI.

Dar inconsideradamente, es perder del modo mas vergonzoso: peor es el haber distribuido mal un beneficio, que el haber hallado ingratitud por recompensa. El defecto de reconocimiento, es vicio de otro; pero la falta de discernimiento, lo es nuestro.

CXCVII.

Si no se hace bien sino con la esperanza del retorno, es menester morir sin testar. Pero para manifestar hasta qué punto es desinteresada la beneficencia, adviértase, que nosotros socorremos á extrangeros arrojados sobre nuestras costas por la tempestad, las quales van á dexar para siempre: nosotros habilitamos con un navío equipado, para que vuelva á embarcarse, á un desconocido, despues del naufragio: este hombre parte sin conocer apenas al autor de su conservacion; y destinado á no volvernos á ver jamás, transfiere su deuda á los dioses, y los conjura á satisfacer por él. En quan-

to á nosotros, el simple conocimiento de un beneficio esteril, es suficiente para nuestra felicidad.

En el fin mismo de nuestra vida, quando arreglamos nuestras disposiciones testamentarias, ¿hacemos, por ventura, otra cosa sino derramar beneficios que nos son bien inútiles? Sin embargo, ¡quánto tiempo no empleamos, y quántas discusiones secretas para arreglar las sumas y los legatarios! ¿Qué nos importan los sugetos de nuestra beneficencia, supuesto que nada debemos esperar de ellos? No obstante esto, jamás reflexîonamos mas los dones que hacemos, ni nuestros juicios son mas profundos, que luego que, despojados de todo interés personal, solo la honradéz se manifiesta á nues-

tros ojos. Nunca, por el contrario, podemos juzgar de nuestros deberes, en tanto que son depravados por la esperanza, el temor y el deleyte, este vicio de cobardes. Pero luego que la muerte hace callar á todas las pasiones, luego que envia un juez incorruptible para arreglar las particiones, entonces elegimos á los mas dignos para transmitirles nuestros bienes, y jamás arreglamos mejor nuestros negocios, que quando ya no nos pertenecen.

CXCVIII.

Es ser ingrato el mirar un segundo beneficio en la restitucion del primero, y esperarlo aun al restituir. Yo llamo ingrato á aquel que asiste á su bien-

hechor enfermo, porque vá á hacer testamento; es ser ingrato el ocuparse entonces de herencias y de legados. Bien podrá llenar las funciones de un amigo virtuoso y reconocido; pero si la esperanza alumbra á su corazon; si el amor del provecho le hace obrar, y si arroja el anzuelo, es muy parecido á esos páxaros carnívoros que atisban los ganados contagiados, y próxîmos á perecer. Del mismo modo el que aguarda la muerte de su bienhechor, es un Buitre que vuela en torno de un cadaver.

CXCIX.

El fin del beneficio es la ventaja de aquel á quien se favorece, y no la nuestra; sin lo qual

sería obligarnos nosotros á nosotros mismos. ¡Quántas acciones, verdaderamente útiles á los otros, nó excitan su reconocimiento porque tienen el interés por objeto! No hay beneficencia en donde se halla la esperanza del provecho. Yo daré tanto; yo recibiré tanto; véase aquí lo que se llama un mercado.

C C.

Quando un antiguo poéta nos dice que el aplauso es el alimento de las artes, no quiere decir los elogios, pues estos son su ponzoña; porque nada corrompe tanto la eloqüencia, y las otras artes destinadas al placer del oído, como los aplausos de la multitud.

CCI.

No hagas ostentacion de la filosofía: esta es una vanidad que ha costado caro á muchas gentes. Haz que la filosofía corrija tus vicios, pero que no combata los de otro: que no se declare altamente contra las costumbres públicas; y que por su conducta, no parezca que condena todo aquello que no hace. Podemos ser sabios sin ruido, y sin indisponer el público.

CCII.

Las interpretaciones depravadas de la opinion cambian la virtud en vicio. ¿Qué otro objeto podemos proponernos enton-

ces, sino el testimonio de una buena conciencia: ese consolador oculto, que grita mas alto que la multitud y la fama: que coloca todos los bienes en sí misma: que á la vista de un tropél opuesto de pareceres, no cuenta los votos, sino supera sola todas las opiniones? Quando vé el castigo de la perfidia decretado contra la providad, no desciende de la eminencia de su grandeza, sino se mantiene firme á la vista de su suplicio.

CCIII.

En la mayor parte de las circunstancias de la vida nos decidimos por el partido mas probable. Este es el paso de todos los deberes; y con respecto á este cálculo, se siembra, se embarca,

se toma el partido de las armas, se contraen casamientos, y se crian los hijos, aunque en todos estos casos el suceso es incierto; pero se toma el partido que promete mas esperanzas. ¿Quién puede prometer á un Labrador una buena cosecha; á un navegante un felíz viage; la victoria al guerrero; al marido una muger fiel, y al padre unos hijos virtuosos? Entonces nos dexamos guiar de la razon, mas bien que de la evidencia. No determinar sino á golpe seguro, no hacer tentativas sino con la certidumbre, es no obrar jamás, y tener la vida como suspensa.

CCIV.

Nada se concede á las pa-

siones agenas, quando nada negamos á las propias.

CCV.

Filipo, Rey de Macedonia, tenia un soldado valeroso, cuyos servicios habia experimentado en varias expediciones: el Príncipe, de tiempo en tiempo, le daba alguna parte del botín para recompensarle su valor, estimulando así á esta alma venal con freqüentes gratificaciones. Este soldado fué arrojado un dia por una tempestad á las tierras de un Macedónio: con semejante noticia acudió éste, le hizo volver en sí, le transportó á su casa de campo, le cedió su cama, lo arrancó, por decirlo así, de las puertas de la muerte; le

cuidó durante treinta dias á sus expensas, y despues de verle restablecido, lo volvió á enviar cargado de provisiones para su viage. El soldado le aseguró repetidas veces, que no tendria que quejarse de su reconocimiento, siempre que pudiera unirse á su General. Hizo á Filipo relacion de su naufragio; pero le ocultó los socorros que habia recibido, y la primera cosa que le pidió, fué los bienes de aquel mismo que tan generosamente le habia asistido. Sucede freqüentemente á los Reyes, sobre todo en tiempo de guerra, el dar con los ojos cerrados. Un solo hombre justo no es bastante fuerte contra tantas pasiones armadas: es muy dificil el ser á un mismo tiempo hombre de bien, y buen

General: ¿cómo es posible hartar á tantos millares de hombres insaciables? ¿Qué puede darseles si se respeta el derecho de propiedad de los ciudadanos? Véase aquí lo que Filipo dixo, sin duda, poniendo al soldado en posesion de los bienes que le habia pedido. El bienhechor, arrojado de su herencia, no sufrió en silencio esta injusticia, y no fué tan estúpido, que no se creyese muy dichoso en no haber sido él mismo comprehendido en la donacion. Escribió á Filipo una carta corta, y llena de libertad, cuya lectura puso al Príncipe tan colérico, que mandó al instante á Pausanias restableciese al primer poseedor en sus bienes; y además, que hiciese imprimir en la frente de aquel soldado

perverso, de aquel huesped ingrato, codicioso hasta en el naufragio, tales marcas, que anunciasen su infamia. Él merecia, sin duda, que ellas fuesen grabadas mas bien que impresas: sí, ese monstruo, que habia despojado á su bienhechor, lo habia confinado desnudo enteramente, y semejante á un desdichado que ha naufragado sobre la misma rivera de donde su compasion le habia sacado. Pero no es de nuestro asunto el exâminar el castigo que merecia; á lo menos es cierto, que era indispensable el quitarle lo que habia usurpado por el crimen mas grande. ¿Qué compasion podia esperar un hombre, cuya perfidia miraba á privar á los desgraciados de toda compasion?

CCVI.

Persuadido á que la vida de mi cara Paulina pertenece á la mia, empiezo por respecto á ella, á velar en mi conservacion. A pesar del valor que la vejéz me inspira sobre otros puntos, en éste pierdo las ventajas de la edad: yo pienso que en este viejo exîste una jóven, que es preciso contemplar; y así, no pudiendo exîgir de ella que me ame de un modo mas vigoroso, obtiene de mí el que yo me ame con mas debilidad.

CCVII.

El que va á las escuelas de los filósofos, debe cada dia sa-

car de ellas alguna cosa útil, como el volver mas sano, ó mas en estado de estarlo; y esto es lo que no dexará de suceder. Tal es la fuerza de la filosofía, que no solo su estúdio, sino su solo trato, es provechoso. No es posible dexar de sacar alguna utilidad de la sociedad de un filósofo, aun sin advertirlo. Pesad bien mis expresiones: yo hablo de la falta de atencion, y no de la repugnancia.

CCVIII.

Quando veais un estílo demasiado estudiado, demasiado escogido, sabed que el escritor se ocupó en menudencias. Un talento elevado se explica con facilidad, y habla con mas segu-

ridad, que cuidado. Vos conoceis muchos jóvenes, cuyos cabellos y barba están artistamente dispuestos, y como si saliesen de una caxa: no espereis de ellos nada grande, ni nada sólido. El lenguage es el rostro del alma: ¿es cargado, demasiado ajustado, y demasiado trabajado? pues esto anuncia que el alma no es pura, y que está manchada con algun vicio. La elegancia afectada no es un adorno que convenga al hombre. Pensad en lo que teneis que escribir, y no en el modo; y ocupaos tambien, mas en sentir, que en escribir, á fin de aplicaros á vos mismo lo que habreis sentido, grabándolo en vuestro corazon.

CCIX.

Los vicios y las virtudes se tocan; por esta razon un pródigo tiene las apariencias de la liberalidad, aunque haya una gran diferencia entre saber dar, y no saber conservar lo que se tiene. Muchas gentes no dan sus bienes, sino que parece los arrojan; yo no llamo liberal á un hombre que obra como si estuviera colérico contra su dinero. La negligencia se parece á la facilidad; la temeridad, al valor. Estas semejanzas nos obligan á vivir alerta, y á distinguir cosas tan vecinas en la apariencia, aunque, en efecto, muy separadas.

CCX.

Nuestros padres nos exceden siempre en beneficios. Nosotros no los tenemos sino en un tiempo que nos parecen incómodos, en el qual no conocemos el precio de ellos: luego que la edad nos trae un poco de experiencia: luego que comenzamos á conocer que sus advertencias, su severidad, su atencion en velar sobre nuestra imprudente juventud, tantos cuidados, en una palabra, que nos eran incómodos, son otros tantos títulos para ser amados; entonces es quando la muerte nos los arrebata.

CCXI.

El Rey Arquelao suplicó á Sócrates que pasáse á su Corte: Sócrates respondió, que no queria ir á casa de un hombre de quien recibiría beneficios, sin poderlos pagar. Sin embargo, en primer lugar, Sócrates era dueño de no recibirlos; en segundo, que él habria sido el primer bienhechor: él volvia á su súplica; era un beneficio que Arquelao no podia pagar. En fin, este Príncipe le habria dado oro y plata; pero hubiera recibido en cambio el desprecio del oro y de la plata. ¡ Qué ! ¿ Sócrates no habria podido desquitarse con Arquelao? ¿ Qué beneficio hubiera sido comparable al espectácu-

lo de un hombre que sabía vivir y morir, y que conocia los límites de las dos ciencias? ¡Qué beneficio, si él hubiera iniciado á este Príncipe en los misterios de la naturaleza; á este Príncipe ciego, aun en medio del dia, y tan poco versado en la física, que, durante un eclipse, hizo cerrar su Palacio, y rapar á su hijo, como se practicaba en los tiempos de duelo y de calamidad! ¡Qué beneficio, si lo hubiera sacado temblando del lugar donde se habia escondido, y le hubiera relevado el valor, diciéndole: "Esta no es una extincion
"del sol, sino el encuentro de
"dos astros, que sucede quan-
"do la luna, que describe una
"ruta menos elevada que el Sol,
"pasa por debaxo de este astro,

„ cubre su disco, y lo oculta á
„ nuestros ojos. Tan presto no
„ oculta sino una ligera parte,
„ quando no hace mas que he-
„ rirle al paso: tan presto le cu-
„ bre una parte mas considera-
„ ble, quando la interposicion es
„ mas fuerte; y tan presto le
„ intercepta totalmente la vista,
„ quando el disco lunar pasa di-
„ rectamente entre la tierra y
„ el sol. En un momento estos
„ dos astros, por su velocidad, van
„ á ser llevados en sentido con-
„ trario: en un momento vá la
„ tierra á recobrar su luz; y es-
„ te órden subsistirá durante to-
„ dos los siglos, á excepcion de
„ algunos dias fixos y previstos,
„ donde la interposicion de la lu-
„ na impedirá á los rayos sola-
„ res el llegar hasta nosotros. To-

» davía un momento, y la emer» sion vá á hacerse; el astro del » dia vá á dexar su nube, y des» embarazado de todo obstáculo, » arrojará libremente sus rayos."

¡Qué! ¿Sócrates no quedaría desquitado con Arquelao, si le hubiera enseñado á reynar? ¿Habría sido un beneficio módico el haber puesto á Arquelao en disposicion de llegar á ser el bienhechor de Sócrates? ¿Qué significaba, pues, la respuesta del filósofo? Él gustaba de la chanza, y hablaba quasi siempre en un estílo figurado. Acostumbrado á ridiculizar á todos los hombres, y á los grandes en particular, quiso mas bien negar chanceando, que de un modo arrogante: él dixo, pues, que no queria recibir beneficios de un hom-

bre á quien no podia dispensárselos. Puede ser que temiese el hallarse obligado á recibirlos contra su voluntad; y puede ser que temiese el aceptar presentes poco dignos de Sócrates. Se dirá que él era dueño de no aceptarlos; pero entonces habria irritado contra él á un Monarca arrogante, que queria se diese el mayor valor á sus beneficios. ¿Queréis saber lo que Sócrates rehusó realmente? pues rehusó el ir á buscar una esclavitud voluntaria: sí, Sócrates, cuya libertad pareció hasta insoportable á una República.

CCXII.

La accion no hace sino exercer y manifestar la maldad; ella

no la produce; y así, un ladron lo es aun antes de cometer un robo.

CCXIII.

¿Queréis saber por qué la virtud no necesita nada? es porque ella goza de lo que tiene, sin desear lo que la falta: todo es grande para ella, porque todo la basta. Apartaos de este modo de juzgar, y todo se acabó con respecto á los sentimientos de la naturaleza, y de la providad en el comercio de los hombres: no pueden llenarse estos deberes sin sufrir mucho de lo que llaman males, y sin hacer el sacrificio de una gran parte de esos pretendidos bienes, en los quales nos complacemos: se acabó el valor, que no vive sino de

pruebas y peligros: se acabó la grandeza de alma, que no puede elevarse al colmo, sino despreciando, como mezquinos, los objetos que los vulgares desean como muy importantes; y se acabó el reconocimiento con sus demostraciones. Se calculan sus penas desde el momento que se conoce alguna cosa preferible á la virtud, ó se dexa de aspirar á la perfeccion.

CCXIV.

La sabiduría no tiene mas poder para destruír los defectos naturales del alma, que los del cuerpo. Esos afectos profundos é innatos, el arte los corrige, pero no los desarrayga: la sabiduría, como lo he dicho, no

puede nada en esto : tendria toda la naturaleza á sus órdenes, si extirpára todos los vicios. Los que dependen del temperamento y de la mezcla de los humores, subsistirán á pesar de los mas largos esfuerzos del alma sobre ella misma : no pueden darselos, ni quitarselos.

CCXV.

La alegría no tiene sino accesos pasageros, que desarrugan la frente sin penetrar al corazon. El hombre dichoso no es el hombre que rie, sino aquel cuyo espíritu, lleno de alegría y de confianza, es superior á todos los acaecimientos. Creedme, es una cosa séria la verdadera alegría.

CCXVI.

Hay ojos de tal modo acostumbrados á las tinieblas, que ven turbio en medio del dia.

CCXVII.

Podemos ver á nuestros amigos, aunque ausentes, y verlos tan freqüentemente, y tan largo tiempo como querramos. Este placer, el mas grande de todos, se disfruta todavía mejor estando retirados. La presencia nos satisface, despues de haber conversado juntos, sentados, ó paseándose; una vez separados, nos creemos dispensados de pensar en el amigo que acabamos de dexar. Lo que debe hacernos soportar

la ausencia con menos disgusto es, que para estar ausentes dos amigos, no tienen necesidad de estar apartados. Cuentense desde luego las noches, durante las quales están separados; despues, las ocupaciones que llaman á cada uno por su lado; luego, los estudios solitarios, y los viages al campo, y se verá que la separacion nos priva de poca cosa. En el corazon es menester poseer al amigo: allí, jamás hay ausencia; el amigo que se desea, puede verse todos los dias.

CCXVIII.

El primer cuidado de un Príncipe que castiga, debe ser el probar que su severidad es desinteresada.

CCXIX.

La memoria de un amigo me agrada siempre, hasta despues de su muerte. Quando yo lo poseía, esperaba perderle: despues de haberlo perdído, creo poseerlo todavía.

CCXX.

En quanto á lectura, la continuacion sola es provechosa; la variedad divierte solo.

CCXXI.

La cólera de los niños y de las mugeres, tiene mas viveza, que fuerza. Los viejos son tristes y regañones, mas bien que coléricos; lo mismo que los enfermos, los convalecientes, y

aquellos cuyo calor ha sido agotado por la fatiga, ó por la pérdida de su sangre.

CCXXII.

Si alguno de los detractores de la filosofía viene á decirme, segun la costumbre: ¿por qué vuestra conducta no corresponde á vuestros discursos? ¿por qué ese tono sumiso con vuestros superiores? ¿por qué mirais el dinero como una cosa necesaria, y su pérdida como una desgracia? ¿por qué esas lagrimas, quando os anuncian la muerte de vuestra esposa ó de vuestro amigo? ¿de dónde viene ese interés que tomais por vuestra reputacion; esas impresiones que os hacen los tiros de la sátira? ¿por qué vues-

tras tierras están mas cultivadas que lo que exîgen vuestras necesidades naturales? ¿por qué vuestras comidas no son conformes á vuestros preceptos? ¿por qué esos muebles sobresalientes, esos vinos mas añejos que vos mismo, esos proyectos sin número, y esos arboles que no producen sino sombra? ¿por qué vuestra esposa lleva en las orejas la fortuna de una casa opulenta?

Añádase, si se quiere, ¿por qué esas posesiones al otro lado de las mares, y esos bienes que vos mismo no conoceis? Es igualmente vergonzoso, tanto el no conocer vuestros esclavos, si teneis pocos, como el tener tantos, que no quepan en vuestra memoria.

Yo mismo os ayudaré en vuestras reconvenciones, y os sugeriré las que no pensais; pero me ciño á responderos por ahora: Yo no soy todavía un sabio; y no lo seré jamás, para no dexar siempre algun pábulo á vuestra sátira. Yo no me propongo igualar á los mas virtuosos, sino sobrepujar á los malos. Bastame el cercenar cada dia alguna cosa á mis defectos, y hacer la guerra á mis errores. Yo no he recobrado mi salud, ni jamás la recobraré; yo busco mas bien paliativos, que remedios para mi gota; contento, si sus accesos son menos freqüentes, y menos dolorosos. Yo conozco muy bien, que junto á vos no soy sino un débil corredor.

CCXXIII.

La cólera no es un aguijón para el valor militar: ella no es útil, ni en la guerra, ni én los combates: la virtud sería bien desgraciada, si la razon tuviera necesidad de los socorros. El valor mas seguro, es aquel que mira mucho tiempo al rededor de sí, que se pone á cubierto, que no se adelanta sino lentamente, y con idea premeditada.

CCXXIV.

Quando Xerxes, ese Rey orgulloso, desplegaba su Exército sobre un terreno inmenso, y medía el número dè sus soldados, que no podia contar, llo-

ró pensando que de esta multitud de hombres, en la flor de su edad, no quedaría ni uno siquiera dentro de cien años. Pero este Príncipe, que así lloraba, conducia él mismo á la muerte, é iba á hacer perecer, en muy poco tiempo, sobre la tierra, sobre la mar, en los combates, ó por la fuga, á esos mismos hombres, por los quales temia los cien años.

CCXXV.

Hay mucho mas vigor y firmeza en no ser vencido, que en no ser atacado. Yo no sé si hasta la misma sabiduría no muestra mas fuerza por su tranquilidad en medio de los asaltos que la dan; ella se parece entonces

á un General á la cabeza de su Exército, que se halla seguro hasta en el país enemigo.

CCXXVI.

Es vergonzoso el morir calculando el dinero, y preparar la risa á un heredero, á quien se ha hecho esperar largo tiempo.

CCXXVII.

Catón vivia en un siglo exênto de preocupaciones, y en el qual los entendimientos estaban mas ilustrados. Combatiendo solo con la ambicion, ese monstruo que sabe tomar tantas formas; contra el deséo desenfrenado del poder, que no podia saciar el universo dividido en

tres partes; contra los vicios de un pueblo degenerado, y aplanado báxo su propia masa; sostuvo la república en su caída, tanto quanto podia ser sostenida por una sola mano, hasta que, arrebatado ó arrastrado, él mismo quedó sepultado báxo sus ruinas. Se vió perecer á un tiempo lo que no pudo separarse sin delito: Catón no pudo sobrevivir á la libertad, ni la libertad á Catón.

CCXXVIII.

Jamás he querido agradar al pueblo, decia Epicúro; porque lo que yo sé, no es de su gusto; y lo que es del suyo, yo no lo sé.

CCXXIX.

Dueños somos de no aceptar lo que nos avergüenza deber.

CCXXX.

Es menester corregir con el dolor físico y moral, á las almas que el vicio ha depravado; pero es preciso que los castigos sean administrados por la razon, y no por la pasion. Entonces no son males, pues solo tienen su apariencia; sino verdaderos remedios.

CCXXXI.

La sola diferencia que hay entre el Médico y el Magistrado es, que el primero procura

una muerte dulce á aquellos á quienes no puede prolongar los dias ; y el segundo al contrario, hace salir de la vida al culpado con vergüenza é ignominia : no porque el castigo de otro le agrade (¡lejos del sabio semejante ferocidad!), sino porque es un escarmiento para el público, y para que aquellos que no han querido hacerse útiles á la República con su vida, lo sean á lo menos con su muerte.

CCXXXII.

¡Vosotros hablais de un modo, y vivís de otro! ¡Almas perversas, enemigas de todo bien, sabed que estas faltas se han echado en cara á los Platones, á los Epicúros y á los Zenones!

Estos grandes hombres enseñaban como debia vivirse, y no como ellos vivian. Yo no hablo de mí, hablo de la verdad; y quando formo á los vicios su proceso, empiezo por los mios; quando pueda, viviré como debo. Vuestra malignidad, con toda su hiel, no me apartará de la virtud, no me impedirá el continuar alabando la conducta que ha de tenerse, mas bien que la que tengo; de adorar la virtud, y de arrastrarme sobre sus huellas. ¿Esperaré acaso que haya alguna cosa inviolable para una malignidad que ni aun ha respetado á Rutilio y á Catón? ¿Se puede no parecer demasiado rico á unas gentes que no han hallado que Demetrio el Cínico fuese bastante pobre? Este hom-

bre intrépido, luchando sin cesar contra todas las necesidades de la naturaleza, mas pobre que los otros Cínicos, porque prohibiéndose la posesion de los bienes, se prohibia tambien el adquirirlos; ¡y bien! véase el hombre á quien no hallan bastante indigente. Sin embargo, si hubiera algun cargo que hacerle, sería el de haber profesado mas bien la pobreza, que la virtud.

El nombre solo de un hombre recomendable por un sobresaliente mérito, os hace ladrar como perrillos quando se encuentran con un desconocido; para vosotros es interesante que nadie parezca hombre de bien, como si la agena virtud fuera la desaprobacion de vuestros crímenes;

el paralelo de su virtud con vuestra baxeza, es un suplicio para vosotros. Vosotros entendeis mal vuestros intereses: si los partidarios de la virtud son aváros, desarreglados y ambiciosos, ¿qué sois, pues, vosotros, á quienes hasta el solo nombre de la virtud es odioso? Vosotros los acusais de que no conforman su conducta á sus lecciones: ¿qué hay de extraño en esto, quando sus lecciones fuertes y sublimes son capaces de hacernos superiores á las tempestades de la vida; quando ellos trabajan para desprenderse de sus cruces, mientras que vosotros poneis cada dia nuevos clavos á las vuestras? Los infelices que se ven obligados á ir al suplicio, no son atados sino á un solo palo; pero esos mise-

rables insensatos, que se castigan á sí mismos, tienen tantas cruces, como pasiones; y no obstante, su malignidad detractora halla todavía con qué regocijarse á costa de los otros.

Los filósofos no hacen lo que dicen; sin embargo nos son muy útiles hablándonos, y produciendo pensamientos honestos. Si ellos obráran como hablan, ¿qué felicidad sería preferible á la suya? pero entretanto, discursos virtuosos y sentimientos laudables, no son objetos que deban desdeñarse: los estúdios útiles merecen nuestra estimacion, independientemente, hasta de la práctica. ¿Es de espantar que, por caminos tan dificiles, no se eleven hasta la cima? Estos grandes hombres, en su misma caída, son

admirables por el atrevimiento de sus empresas. Hay cierta nobleza en considerar menos sus propias fuerzas, que las de la naturaleza en hacer los mas trabajosos esfuerzos, y en concebir proyectos superiores al alcance de las almas mas elevadas. ¿Qué es lo que un tal hombre se propone? "Yo quiero, dice, ver
» llegar la muerte con tanta firmeza, como oygo hablar de
» ella: yo me resignaré en los
» trabajos, sean los que fueren:
» mi alma sostendrá á mi cuerpo vacilante: yo despreciaré
» las riquezas presentes, así como las ausentes, sin estar mas
» triste por saberlas en otra parte, ni mas engreído por verlas á mi rededor. Que la fortuna venga á visitarme, ó que

» me dexe, no lo echaré de ver:
» yo miraré todas las tierras de
» los otros como si me pertene-
» cieran, y todas las mias como
» si á otros pertenecieran: yo
» viviré persuadido á que nací
» para los otros, y daré por ello
» gracias á la naturaleza. ¿Qué
» cosa mejor pudo hacer para
» mí? ella me ha hecho nacer
» para todo el mundo, y á to-
» do el mundo para mí. Los bie-
» nes que yo pueda poseer, no
» los miraré con avaricia, ni los
» disiparé con prodigalidad: yo
» no creeré verdaderamente go-
» zar sino aquello que haya da-
» do con discernimiento. No con-
» taré mis beneficios; no los pe-
» saré, sino los apreciaré con
» respecto al mérito del que los
» reciba: si es digno de ellos,

„ no creeré haber hecho mucho.
„ Yo no tomaré jamás la opi-
„ nion, sino mi conciencia, por
„ regla de mis acciones; mi pro-
„ pio testimonio valdrá para mí
„ el de todo un pueblo. Mi fin,
„ en bebiendo y comiendo, será
„ el de satisfacer las necesidades
„ naturales, y no el de llenar y
„ vaciar mi estómago. Seré agra-
„ dable con mis amigos, dulce
„ y tratable con mis enemigos:
„ ellos me suavizarán mas bien
„ que pedirme perdon; y me
„ anticiparé siempre á las peti-
„ ciones honradas. Sabré que el
„ mundo es mi patria; que los
„ dioses la gobiernan; que son
„ mis superiores, y que me ro-
„ dean; y que tienen los ojos
„ abiertos sobre todas mis pala-
„ bras y mis acciones. Quando

„ la naturaleza vuelva á llamar
„ así mi alma, saldré de la vi-
„ da asegurando, que siempre he
„ amado la virtud, y las ocupa-
„ ciones honestas; que no he he-
„ cho daño á la libertad de nadie,
„ y mucho menos á la mia.”

Proponer tal objeto, querer llegar á él, é intentarlo, es encaminarse hácia los dioses: si no se elevan hasta ellos, á lo menos caen de lo alto. ¡Ó vosotros que aborreceis la virtud y á sus adoradores! vosotros no haceis nada nuevo. Los ojos enfermos temen al Sol, y la claridad del dia, es odiosa á los animales nocturnos; ellos huyen desde que aparece, vuelven á esconderse, y se sepultan en alguna tenebrosa concabidad. Gemid, pues; exercitad vuestra desdichada lengua

en ultrajar las gentes honradas; perseguir, morder, que mas presto os romperéis el diente, que lo claveis. ¿Por qué este hombre, que se tiene por filósofo, vive en la opulencia? Él dice que las riquezas son despreciables; ¿pues por qué las posee? Él mira la vida como indiferente, y sin embargo, vive: la salud no es un bien á sus ojos, y no obstante, tiene mucho cuidado de conservarla. Á escucharle, el destierro no es mas que un nombre vano: ¡Gran desgracia, por cierto, la de mudar de país! ¡Y bien! dexadle hacer, y envejecerá en su patria. Él no halla diferencia entre la mas larga vida y la mas corta; sin embargo, él trata de prolongar la suya, y llega tranquilamente á

una vejéz llena de vigor.

Quando dice que deben despreciarse todos estos objetos, no es para privarse de ellos, sino para gozarlos sin inquietud; él no los desecha, antes bien los sigue quando marchan. ¿Dónde puede la fortuna colocar con mas seguridad las riquezas, que en casa de un depositario, que se las volverá sin quejarse?

El sabio no se mira como indigno de los bienes de fortuna: no quiere las riquezas, sino que las prefiere: no las abre el corazon, sino su casa: no las desecha, sino usa de ellas con moderacion; y no siente que se presente una ocasion mas para exercitar su virtud. ¿Puede dudarse que el sabio no halle mas ocasiones para desplegar su alma en

la opulencia, que en la pobreza? En ésta, no muestra sino una especie de virtud, que consiste en no dexarse abatir, ni aterrar: en las riquezas, al contrario; la templanza, la liberalidad, la economía, la distribucion de los beneficios y la magnificencia, encuentran un campo libre para exercitarse. El sabio no se despreciará por ser de una pequeña talla; pero preferirá una estatura alta: no será menos sabio por ser delgado y tuerto; pero querria mas bien un cuerpo perfecto y robusto: no olvidará por eso, que posée en sí mismo un bien estimable. Él aguantará la mala salud, pero deseará la buena. Hay ventajas que, aunque módicas en sí mismas, y sin influir en el bien

principal, añaden, sin embargo, alguna cosa al contento perpetuo que nace de la virtud. Las riquezas causan al sabio la misma satisfaccion, que al navegante un viento felíz y favorable; que á todos los hombres un hermoso dia, y un parage propio para guardarse de las escarchas del invierno. ¿Hay algun sabio, yo hablo de los nuestros, para los quales el único bien es la virtud, que niegue que las ventajas mismas, que nosotros llamamos indiferentes, no tengan algun valor, y no sean las unas preferibles á las otras? Hay algunas de ellas, á las quales se concede un poco de consideracion, y á otras mas. No hay que engañarse en esto, las riquezas son del número de las

cosas que se prefieren.

¿Por qué, pues, burlarse de mí, quando ellas tienen en vuestro espíritu el mismo lugar, que en el mio? ¿Quereis conocer la diferencia que hay entre nosotros? Si las riquezas se me escapan, ellas no me quitan mas que su posesion; en vez de que si ellas os dexan, quedais agobiado, y como enagenado de vos mismo. Las riquezas ocupan un lugar en mi casa, y en la vuestra el primero. En una palabra, ellas me pertenecen, y vos las perteneceis.

Cesad de prohibir las riquezas á los filósofos; jamás la sabiduría fué condenada á la pobreza. El sabio podrá tener grandes riquezas, pero á nadie se las habrá robado, y no estarán man-

chadas con la sangre de los otros; no serán el fruto de la injusticia, ni de una ganancia sórdida, y podrán salir de su casa de un modo tan loable como el con que entraron en ella; en esto, solo la malignidad es la que podrá gemir. Acumuladlas tanto como querrais: si son honestamente adquiridas, podrán desearlas, pero no reclamarlas. El sabio no desechará los favores de la fortuna: un patrimonio adquirido por medios lícitos, ni le hará envanecerse, ni avergonzarse tampoco. Experimentará, sí, una noble fiereza, si en abriendo su casa para que entren sus conciudadanos, puede decirles con seguridad, que cada uno lleve de aquí lo que conozca que le pertenece. Él será grande enme-

dio de sus riquezas, si el efecto corresponde á esta invitacion, y si despues del exâmen no queda mas pobre. Sí, yo lo repito; si sostiene sin temor las pesquisas del pueblo, y si no encuentran en su casa nada sobre que echar la mano, él tendrá el atrevimiento de ser rico hasta para los ojos del universo.

CCXXXIII.

El deber del hombre, es el ser útil á los hombres; á un gran número, si se puede; sino á un pequeño; sino á sus inmediatos, y sino á sí mismo: en haciéndose útil á sí mismo, trabaja para los otros. Como el hombre vicioso no se daña solo á sí mismo,

sino tambien á aquellos á quienes hubiera podido ser útil, si hubiera sido virtuoso: del mismo modo trabajando para sí mismo, se trabaja tambien para los otros, porque se les forma un hombre que podrá serles útil.

CCXXXIV.

La condicion de los Reyes no es la misma que la de los hombres ocultos en la muchedumbre, de la qual no salen. Las virtudes de los particulares para producirse tienen que luchar mucho tiempo, y sus vicios están rodeados de tinieblas; pero la fama, que apenas se hace esclava de los Príncipes, aun viviendo, recoge todas sus acciones

y todas sus palabras. Por esto, nadie debe tener mas cuidado de su reputacion, que aquellos que, sea en bien ó sea en mal, podrán tenerla mas extendida.

CCXXXV.

Los honores, los monumentos, todo lo que la ambicion puede hacer en favor de los héroes; todos los trofeos que ella le eleva, se trastornan bien presto; pero el tiempo no tiene poder ninguno sobre aquellos que la sabiduría ha hecho sagrados: nada puede dañarlos: ninguna duracion podrá borrarlos, ni debilitar su memoria; y el siglo que la seguirá, y los siglos que se acumularán los unos sobre los

otros, no harán otra cosa sino aumentar mas y mas la veneracion en que se les tendrá.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE
de la Moral de Séneca,
Y DEL TOMO VIII.

COLECCION

DE FILÓSOFOS MORALISTAS

ANTIGUOS.